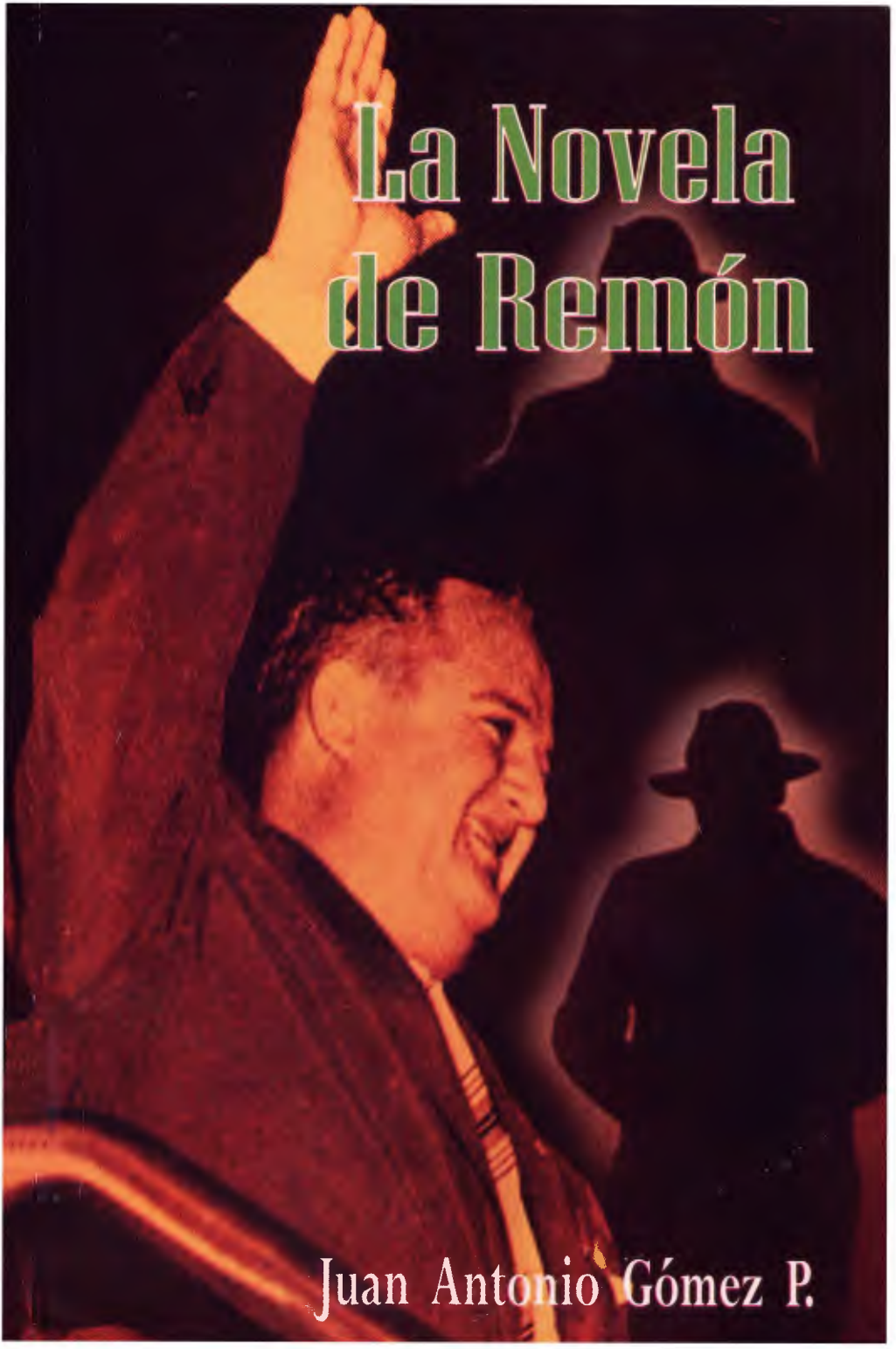
La Novela de Remón



Juan Antonio Gómez P.

Juan Antonio Gómez

LA NOVELA DE REMÓN

Panamá, enero 2014

ISBN - 978-9962-05-692-8

La Novela de Remón
Prof. Juan Gómez

Diagramación
JOSÉ ARROCHA

Diseño de Portada
"La Novela de Remón"
ROY GARCIA

Imprenta Articsa,
E-mail: imprentaarticsa@hotmail.com
Tel.: 225-0224
Panamá, Rep. de Panamá

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización escrita del autor.

"Yo creo no tener enemigos tan acérrimos, como para que intenten y lleguen al extremo de atentar contra mi vida".

Coronel José Antonio Remón Cantera.
Presidente Constitucional de la República de Panamá entre los años de 1952-1955.

Esta es la fotografía de la camisa que cargaba el Presidente de la República, la noche que lo acribillaron en el hipódromo. La conseguí y la conservo, para tener otro elemento que me permita entender toda la magnitud de esta crueldad. P.T.

Primera Parte

I

La ceremonia de graduación se realizó en el Salón de Actos, un claustro amplio y sobrio, contiguo a la capilla. Desde temprano habíamos tenido que asistir a una misa de acción de gracias oficiada por el padre Atanasio, Director de la escuela. Casi todos los condiscípulos éramos de Penonomé, salvo tres o cuatro que venían de La Pintada, Antón y Aguadulce. La mayoría eran de familias pudientes: los Quirós, Carles, Cosme y Aguilera. Pero ninguno de ellos, pese a la buena situación económica de sus familias, era como Arnulfo Arias. Lo habíamos apodado El Emperador. Desde el inicio de ese último año, le había contado a todo el que quisiera escucharlo, que sus padres le habían reservado cupo para la continuación de sus estudios secundarios, en uno de los High Schools de los Estados Unidos, en donde había estudiado la mayoría de los Presidentes de ese gran país.

-Ya saben: cuando yo sea el Presidente de Panamá, me van a visitar y les doy una chambita.

Muchos le tenían antipatía. En una ocasión el hermano Cristino, nuestro maestro de V grado, le llamó la atención públicamente, por una maldad que le hizo a un vendedor de quesos, quien todos los días llegaba durante los recreos a ofrecer su mercancía. Arnulfo se puso de acuerdo con uno de sus compinches. Simularon estarse correteando para tropezar con las cajas de los quesos, los cuales se regaron por el suelo. Ayudé a recoger los que no se habían ensuciado, y oí cuando le susurró entre dientes al desconsolado vendedor: Eso te pasa por ser negro..

A pesar de sus rarezas, hicimos amistad. Yo admiraba su determinación y coraje para alcanzar lo que se proponía. Y él, según me confió alguna vez, mis ansias de conocimientos. Cuando nos despedimos esa mañana, después de la entrega de los Certificados de Culminación de Estudios Primarios, y antes del brindis de graduación, prometió escribirme. Pero nunca lo hizo y no me extraña. ¿Qué podría contarle yo, Próspero Tejedor, que a él pudiera interesarle?

El padre de Arnulfo, don Antonio Arias no era un hombre obstinado. Al contrario, había dado pruebas fehacientes de flexibilidad. Mucho antes de conocer a Carmen Madrid había planeado tener una prole numerosa, ya que lo había impresionado mucho la fotografía del conde Ferdinand de Lesseps, junto a su esposa y sus catorce hijos, foto que había visto en un periódico de la capital.

Sin embargo Carmen, por prescripción médica, sólo había podido parirle cinco hijos: tres hembras y dos varones, ya que durante el parto del quinto por poco se muere y él, en atención de esos principios morales que le habían inculcado sus padres, no quiso procrear fuera del matrimonio.

Arnulfo había terminado en diciembre los estudios primarios y desde entonces no había hecho otra cosa que leer libros, los cuales mandaba traer de Panamá. Su cuarto ya empezaba a parecer una biblioteca. Le gustaban los libros de anatomía, de historia y las biografías de grandes hombres. En otras circunstancias, si ellos hubieran sido una familia pobre, aquello sería una bendición, porque era cierto lo que decía Carmen: que la educación era una llave que abría todas las puertas. Pero... ¿qué puertas tendrían que abrir sus hijos, si ya él se las había abierto de par en par? Y ellos no habrían tenido más que seguir por la amplia senda de prosperidad y trabajo que él les había creado. Pero en fin... ya lo decía el refrán: "Dios le da barba al que no tiene quijada"...

Sí, sus sospechas habían sido ciertas. Carmen se había vuelto una abogada, defendiendo el derecho que tienen los hijos de escoger libremente y sin imposición paterna la profesión a la que van a dedicarse; para rematar haciendo la apología de Arnulfo.

- Verás que si me haces caso, no te arrepentirás. Es más: te aseguro que llegarás también a sentirte muy orgulloso de tu hijo menor.

Y tal como ocurrió doce años atrás la familia Arias, al igual que muchas otras familias de Penonomé, tuvo que trasladarse a la ciudad de Panamá debido a las amenazas de ataque por parte de Las Montoneras de Victoriano Lorenzo. Doña Carmen y el menor de sus hijos se trasladaban en una carreta hacia el Puerto de Posadas, ubicado en un recodo del Río Grande, para abordar allí uno de los vapores de la flota de don Constantino Pinel, que los llevaría hasta la capital.

Don Antonio no quiso viajar con ellos. Alguien tenía que quedarse a cuidar las vacas y la finca. Y a pesar de que al principio de aquella larga conversación se había opuesto rotundamente a que Arnulfo también abandonara el feudo familiar, a las finales no le quedó más remedio que aceptar lo que hijo y madre ya habían decidido de común acuerdo.

El viaje en carreta duró aproximadamente cuatro horas. Cuando llegaron al puerto ya oscurecía, por lo que tuvieron que pernoctar en uno de los ranchos construidos para tal fin, el cual les fue alquilado por dos pesos. Fue una noche intranquila a causa de las nubes de mosquitos que taladraban las carnes. Pero a la mañana siguiente el calor del sol y un buen desayuno con café caliente, yucas sancochadas y chicharrones los reanimaron para continuar el viaje.

Como el puerto estaba próximo a un estero lleno de manglares, tuvieron que trasladarse en canoa hasta el Vapor

Sol, el cual zarpó a las nueve de la mañana. Doña Carmen rezó en voz alta, encomendando la travesía a Dios y a San José, cuya festividad celebraban en el pueblo ese día, pues era 19 de marzo.

El largo viaje fue tranquilo. Arnulfo pasó la mayor parte de las horas diurnas leyendo en su litera mientras su madre se entretenía con el bordado. Al atardecer del tercer día arribaron al muelle fiscal del Mercado Público, en la ciudad de Panamá Arnulfo se sentía maravillado ante el espectáculo que aquel nuevo mundo le ofrecía.

Subieron a un coche y éste los condujo rápidamente a la lujosa casa en la que vivía su hermano Harmodio Arias, en el barrio de La Catedral.

En la planta baja estaba el bufete Arias-Fábrega y Asociados y en la planta alta, la espaciosa vivienda con todas las comodidades imaginables. Lo mejor de todo era la preciosa vista hacia el mar y hacia la Avenida Central, en donde a todas horas transitaban coches y personas. Su hermano les explicó que en toda la ciudad había mucho movimiento, por la inminente conclusión del Canal. La madre entonces le comentó a su hijo mayor sobre el interés que tenía Arnulfo de realizar sus estudios secundarios en los Estados Unidos y él se mostró muy complacido al saber que su hermano, como él en su momento, también deseaba viajar y estudiar en el extranjero. Durante la cena expresó su disposición de colaborar con lo que fuera necesario para que Arnulfo regresara graduado de una buena Universidad.

Y un mes después, una vez recibido el cablegrama del Harwick College de Nueva York aceptando su ingreso, Arnulfo partió en el buque Maryland. Esto fue a principios de mayo de 1913.

II

En 1913, cuando los norteamericanos estaban concluyendo la portentosa obra de construcción del Canal y se ocupaban del saneamiento de la ciudad de Panamá, José Ramón Guizado era un adolescente de dieciséis años y todas las tardes, después que salía del Colegio La Salle, se iba caminando hasta el edificio del cuartel de bomberos, en la Calle Manuel Amador, del cual su padre era comandante en jefe. Allí almorzaban juntos y cuando el aplicado estudiante terminaba de hacer sus tareas o de estudiar las lecciones, le solicitaba permiso al siempre ocupado capitán Juan Antonio Guizado, para ir a caminar por la ciudad, a la altura del barrio de Calidonia. Por todas partes veía a los ingenieros norteamericanos, afanados en la construcción de acueductos, drenajes pluviales y pavimentación de calles. Él podría pasarse todas las horas de la tarde admirando la labor de esos técnicos extranjeros, de esos hombres rubios, vestidos con botas, pantalones y camisas caqui, y cubiertos con cascos de ala ancha para protegerse del calor del sol. Se hacía difícil caminar por la Avenida Central, plena de efervescencia, en medio de tanta gente: gringos, negros, gringos, que iban y venían, entraban a las tiendas y restaurantes a comprar vituallas o tomar un refresco para aliviarse del agobiante calor del sol tropical. Por eso, más que aventurarse e ir hasta Santa Ana (sólo una vez lo hizo y por poco no regresa: una pareja de gringos se lo quería llevar) prefería quedarse y observar los trabajos de pavimentación de la calle, en el tramo que va del antiguo puente de Calidonia a la nueva estación del ferrocarril. Fue en uno de esos momentos que prendió en su interior el deseo de algún día ser ingeniero

civil. Poco después ese deseo se convirtió en determinación, cuando pudo conversar con algunos de ellos y, mitad en el inglés que aprendía con sus profesores y mitad en el español que ellos aprendían en las calles, pudo enterarse de que ésta sería una profesión con mucha demanda en Panamá, ya que próximamente todas las calles importantes del país tendrían que pavimentarse.

Uno de aquellos ingenieros llamado Edward Mackenzie le explicó que, en base a un acuerdo firmado entre el presidente de los Estados Unidos y el presidente Belisario Porras, su gobierno se había comprometido a pavimentar las calles de las ciudades de Panamá y Colón, no sólo para contribuir con el ornato, sino y sobre todo para acabar con las enfermedades que producían los mosquitos que se criaban en las charcas.

Todo aquel inmenso trabajo de saneamiento empezó tan pronto los norteamericanos obtuvieron la concesión para construir el Canal, luego del fracaso de los franceses, quienes despilfarros aparte, en realidad habían sido vencidos por dos pequeños animales: el aedes aegyptis y el anófeles, causantes de la fiebre amarilla y de la malaria.

A este ingeniero le escuchó mencionar por primera vez los nombres del sabio cubano Carlos J. Finlay y de William Crawford Gorgas y de cómo la culminación del Canal dependió de la eliminación de esos dos mosquitos. A él se le figuraba entonces, con esa imaginación calenturienta propia de los adolescentes, que el Coronel Gorgas y los demás integrantes de las Brigadas de Sanidad eran una especie de personajes míticos.

Un año después, de madrugada, vinieron a llamar al capitán Guizado, quien sin pensarlo dos veces se vistió a toda prisa y salió con sus compañeros hacia el depósito de

explosivos, en donde el amanecer de ese 5 de mayo de 1914 había sido adelantado por un pavoroso incendio.

Él supo los pormenores después que se levantó asustado por la fuerte explosión que despertó a toda la ciudad, y encontró a su madre rezando junto a la ventana, mientras pasaba las cuentas del rosario. A los pocos minutos llegó la infausta noticia: su padre y siete compañeros más habían sido alcanzados por la explosión. Todos habían sido trasladados al hospital y el informante no sabía el estado de los heridos, por lo cual les recomendaba que se apersonaran ellos mismos a indagar por la salud del Capitán. Así lo hicieron y doña Encarnación tuvo que ser internada, presa primero de un ataque de nervios y luego de un desvanecimiento, al enterarse que su esposo había muerto.

Los actos fúnebres fueron muy concurridos. Asistió el gobierno en pleno, encabezado por el Presidente de la República, quien al pronunciar el discurso de rigor en el cementerio prometió una pensión vitalicia para todas las viudas de los héroes caídos en el cumplimiento de su deber; así como becas de estudio para los hijos de los abnegados "Camisas rojas".

III

José Antonio Remón ya estaba despierto cuando su madre vino a llamarlo. Sólo había dormido unas pocas horas, pero ya no tenía sueño. Por fin había llegado el momento tan esperado: el primer día de clases. Lástima que su padre ya no estaba con ellos. ¡Le hubiera gustado tanto que lo acompañara a la escuela! Así su madre no habría tenido que despertar y llevarse también a Toto, quien aún no estaba en edad escolar. Les gustaba mucho pasear con su padre Alejandro. Pero lamentaban que éste necesitara de la bebida para volverse complaciente, locuaz. Porque cuando estaba buenisano, como le había oído decir a su madre, era sumamente tímido y callado. Y las palabras había que sacárselas con tirabuzón. Recuerda la vez que los llevó al Parque de la Catedral, a oír la retreta de la Banda Republicana y después les compró raspados y algodón de azúcar. Aprovechando un descuido de su mujer se fue al Hotel Central y regresó con una cerveza. Después, las idas y venidas fueron constantes. Y al final tuvieron que irse solos para la casa, porque su padre, que decía ser amigo del maestro Galimany, estaba empeñado en subir a la tarima y solicitarle una serenata lírica para Laura, la mujer más bonita y buena de todo el universo. Otras veces se ausentaba hasta por dos días y de pronto alguien decía haberlo visto tirado cerca de una de las cantinas de la calle Salsipuedes. Entonces su madre tenía que movilizarse y conseguir un carretillero, para que lo trajera hasta la casa. Pero ahora todo había terminado. Su padre había muerto en el hospital público, debido al exceso de bebida.

Tuvieron que mudarse a una casa de cuartos de alquiler, ya que Alejandro Remón, antes de morir, había hipotecado la casa y el banco los había obligado a desalojar, por lo cual Laura viuda de Remón se vio obligada a trabajar en los oficios más diversos: lavó y planchó ropa ajena, hizo labores de limpieza en hogares y oficinas, vendió comidas por encargo. Un día un golpe de suerte le trajo una mayor estabilidad y prosperidad. En el almacén El Corte Inglés compró unas telas para hacerle unas camisas a Chichi y a Toto. Al momento de pagar le dieron una boleta que debía llenar y depositar en una tómbola, y así estaría participando en la Gran Rifa de una máquina de coser Singer, último modelo.

Con la máquina de coser arribó también la posibilidad de trabajar y ganarse los pesos en la misma casa, sin tener que salir y dejar solos a los muchachos, o al cuidado de una vecina.

Laura aprovechó un curso de costura gratis que ofreció el almacén a todas las clientas que habían adquirido la máquina de coser Singer último modelo. Ella necesitaba aprender un oficio lucrativo y, como siempre le había gustado la costura, fue quien más rápido aprendió. Se hizo de una numerosa clientela, sobre todo entre las mismas damas encopetadas que fueron sus compañeras en el curso.

Esto le sirvió para librar a sus hijos de apuros económicos, y la llevó a relacionarse con las señoras más encumbradas de la sociedad, de quienes procuró ganarse la simpatía y la buena voluntad, presentando la imagen de la mujer joven y atractiva que había logrado superar las adversidades de una viudez prematura, en base al esfuerzo y al trabajo, sin convertirse en la protegida de ninguno de los maridos de ellas. Acción ésta que, sin duda, era la que sus clientas más le agradecían.

Gracias al milagroso cambio de su situación económica, y a que la esposa del gerente del Banco era clienta suya, Laura Remón pudo recuperar la casa que años atrás habían perdido. Pero no se fueron a vivir allí, la alquilaron y se mudaron a una más lujosa y en un área más exclusiva.

Confecciones Laura, tener un vestido diseñado y cosido por Laura Remón llegó a convertirse en un signo de distinción entre las damas elegantes.

Después de desayunar, Laura Remón y sus dos hijos salieron al frescor de la mañana. En la calle se veían muchas mamás llevando de la mano a los niños pequeños, mientras los más grandes iban solos o en grupos conversando animadamente. Había mucha euforia en la ciudad en esos días, ya que los norteamericanos prácticamente habían concluido la construcción del Canal, el cual, se comentaba, sería inaugurado en los próximos meses.

La Escuela Manuel José Hurtado era muy grande y bonita. Llevaba ese nombre en honor de quien, tiempo después, sería considerado Padre de la Educación Panameña. Estaba pintada de gris con blanco y tenía un patio interior inmenso. Alrededor de las siete de la mañana reunieron a todos los alumnos nuevos en el patio para decirles los salones y maestros que correspondían a cada grupo y quiénes lo integrarían. A José Antonio le correspondió el 1 A , con la maestra Zoraida Díaz, a quien todos llamaban la Poetisa.

En verdad él, Chichi Remón, había tenido mucha suerte, porque la poetisa Zoraida Díaz fue su maestra en dos ocasiones: en primer grado, cuando iniciaba sus estudios primarios y en sexto, cuando los culminó. No obstante, durante los otros años en que no fue su alumno, siempre se mantuvieron en contacto, ya que su primera y última maestra siempre le dispensó un trato preferencial, no sólo

porque le regaló muchos libros, sino y sobre todo porque lo hizo cómplice de su relación amorosa con el poeta Ricardo Miró. Relación ilícita y tormentosa, por supuesto que para ella, ya que el poeta estaba felizmente casado, pero además mantenía relaciones de amor con toda dama que no fuera capaz de resistirse a sus encantos y a su poesía.

En varias ocasiones le tocó llevar o traer esquelas de rompimiento o reconciliación, citatorios o poemas dolorosos, como aquel que empezaba:

"Dolor de quien ama a una mujer
y no puede bañarla en las aguas del olvido".

A veces el poeta, elegantemente vestido con traje, sombrero y bastón, llegaba hasta el portón de la escuela y cuando José Antonio salía al recreo y lo veía parado o conversando con algunos niños que lo habían reconocido, iba corriendo al salón y le avisaba a la maestra.

Ella entonces, sin poder disimular su nerviosismo, abría su cartera, sacaba un espejito, se retocaba el mínimo maquillaje que usaba, caminaba hacia la entrada, seria y grave, como si fuera a atender un asunto oficial o a un padre de familia.

Todos en la escuela sabían de esta relación, incluso la directora. Total: eran dos poetas y, como es sabido, los poetas suelen tomarse ciertas licencias.

Chichi obtuvo el promedio más alto de su promoción, lo que lo hizo merecedor de una beca y además pronunciar el discurso a nombre de todos los graduandos. Fue un discurso memorable, no sólo por el contenido y la revelación de sus dotes de orador, sino también porque fue revisado y corregido por dos grandes poetas del parnaso panameño.

Por amistades e influencias de su madre, las becas que les habían conferido para el Instituto Nacional a los tres puestos de honor, les fueron transferidas para el Colegio La Salle, y como él y sus otros dos compañeros no eran de abolengo reconocible, tuvieron problemas el primer día de clases.

- Yo no sé por qué le han permitido a esta gentuza ingresar al colegio -dijo uno de ellos cuando José Antonio Remón entró al salón.

- Y gratis -corroboró otro-.

Finalmente, Dicky Arias, el riquito más popular del colegio había sentenciado:

- Mi papá está muy molesto y pondrá la queja a las autoridades del colegio. Dice que si el gobierno quiere regalarle becas a estudiantes pobres por tener buenas calificaciones, que se las den, pero que vayan a colegios públicos, al Instituto Nacional, al Artes y Oficios, como se hacía antes.

Esa tarde los de afuera retaron a los de adentro; a la salida, detrás del colegio. "Vamos a ver si son tan bravos como dicen". Y qué fácil le resultó convencer a los riquitos (en realidad éstos no sabían pelear) para que la batalla, como en las películas, fuera sólo entre él y Dicky. "Nosotros representaremos a los dos bandos".

- Sí, sí -dijeron todos a coro- como en las películas; que peleen sólo los jefes.

Dicky no aceptó y se fue disgustado, hablando mal de sus compañeros, que eran unos tontos y unos cobardes, que no habían sabido aprovechar la ventaja de estar en mayoría. Pero desde ese día Chichi Remón y los demás becarios pudieron respirar tranquilos.

IV

Creo que fue el padre Atanasio, uno de nuestros últimos preceptores en la Escuela de Varones de Penonomé, quien le ayudó a descubrir su espíritu científico, el cual siempre lo llevaba a indagar sobre los porqués de cada cosa. ¿Por qué los planetas giran alrededor del sol? ¿Por qué la sangre fluye por todo nuestro cuerpo? ¿Por qué nacemos? ¿Por qué morimos? Trató primero de encontrar esas respuestas en la Filosofía y salvo la teoría del Superhombre de su admirado Nietzsche, ninguna de las doctrinas filosóficas que había estudiado lo habían logrado convencer. Luego estudió la Historia y le pareció convincente la explicación que hacía Carlyle en Los Héroes de que los grandes acontecimientos de la historia: (Cristianismo, descubrimiento de América, Absolutismo...) eran el resultado del esfuerzo de grandes hombres: Jesús, Colón, Napoleón, etc.

Finalmente decidió estudiar Medicina. Conocer el funcionamiento del cuerpo humano podría llevarlo a entender, sino el universo entero, por lo menos algunas razones del comportamiento del hombre y él preveía que su vida estaría muy ligada a las personas. Ayudar a curar las enfermedades y preservar la salud lo veía, más que como una tarea altruista, como una manera de probar la grandeza del homo sapiens como criatura hecha a la imagen y semejanza de Dios.

Convencido de la veracidad de estas ideas había zarpado de Panamá hacía cinco años, durante los cuales terminó el bachillerato. Hacía dos semanas, después de unas cortas vacaciones en Panamá, había regresado a Estados

Unidos, para iniciar los estudios de Medicina. Había muy contados médicos en el país, por lo que no sería muy difícil abrir un dispensario y hacerse de una clientela; tal como su hermano Harmodio lo había hecho en el ámbito jurídico.

Lo sentía por su padre, pero él sabía que estaba llamado a grandes realizaciones. En broma les había dicho a sus compañeros de la Escuela de varones: Cuando yo sea Presidente de la República... En esto pensaba Arnulfo Arias esa fría mañana del mes de enero de 1919, mientras cruzaba el patio de la Facultad de Medicina, en la prestigiosa Universidad de Harvard, en donde finalmente lo habían aceptado.

De manera oficial iniciaba las clases ese día, porque durante la semana anterior había realizado las pruebas de dominio del idioma inglés y de Conocimientos Previos Indispensables (C.P.I.), los cuales había pasado con sobresaliente.

Las clases diurnas terminaban a las tres de la tarde. Entonces los estudiantes disponían de un lapso de cuatro horas, antes de iniciar la tanda nocturna, que se extendía de 7:00 a 10:00 p.m., para hacer deportes, jugar ajedrez, billar, cenar o hacer lo que les diera la gana, siempre y cuando fuera dentro de los predios universitarios

Él escogió hacer deportes. Fútbol americano y béisbol eran sus preferidos. Pronto se destacó como un buen deportista, por lo que no le faltaron sugerencias de algunos compañeros para que se dedicara al deporte de manera profesional. Allí un buen jugador ganaba más que un cirujano, pero él no había venido para hacer carrera deportiva, sino para recibirse como médico.

Sin embargo esta claridad de metas no fue impedimento para que practicara con ahínco sus deportes

preferidos, llegando a formar parte de la selección de la Universidad. Precisamente durante el juego de campeonato que su Universidad disputaba con otra del condado le ocurrió aquel trágico accidente que lo tuvo al borde de la muerte y le cambió de manera radical la existencia al cercenarle, con la amputación del testículo en donde recibió el pelotazo, la facultad de la fecundación.

¿Cómo pudo ocurrirle eso a él? ¿Qué mujer aceptaría ser su esposa cuando se enterara que él...? Y cuando sus compañeros en la Universidad se dieran cuenta, de seguro empezarían a llamarle Arnulfo, el chiclán. No. Tenía que hablar con los doctores para que nadie, ni siquiera su familia, se enterara de lo ocurrido. Éste será nuestro secreto, doctor. Le aseguraron que no tendría mayor problema para la erección. Tan sólo no podrá procrear, Mister Arias.

En los primeros días de octubre de 1925, justo cuando lo de la Huelga Inquilinaria, Arnulfo Arias regresó por breves días a Panamá. Ya sólo le faltaba la práctica profesional para recibirse de doctor en Medicina, retornar al país e incorporarse a trabajar en un hospital, como era su deseo.

V

José Ramón Guizado -zapatillas tenis, buzo color negro y sudadera gris con letras azules que decía University of Vanderbilt- corría muy de mañana por el malecón de la Avenida Balboa, desde los modernos edificios de Bella vista y La Exposición hasta el cruce con la Avenida B. y la intersección que va hacia el Mercado Público, lugar por el que nunca se atrevería a pasar a pie, debido a la clase de gente que por allí merodeaba. Los vio dos días atrás, cuando fue al Ministerio de Relaciones Exteriores, para que le autenticaran y sellaran el diploma y los créditos de estudios, que lo certificaban como ingeniero civil, graduado con honores (Cum Laude) en una de las universidades de mayor prestigio de los Estados Unidos.

Antes de su reciente regreso jamás hubiera imaginado que en su país, en su ciudad, a unos cuantos kilómetros del lugar confortable y seguro en donde vivía, existieran seres como ésos: vagabundos, pepenadores, estibadores, mendigos y prostitutas de ínfima categoría; en fin, toda esa caterva de miserables que a veces hasta en los tachos de la basura llegaban a meter la cabeza buscando afanosos algo para comer o revender y que, desde la seguridad de su automóvil los vio pasar como figuras de una película silente, pues él para nada se atrevió a bajar el vidrio de la ventanilla, pese a la insistencia de Claudio, su chofer, que le decía: "Baje el vidrio, Míster, para que vea que son de carne y hueso". Parecía mentira cómo había proliferado la miseria en tan pocos años. ¿O era que antes no la veía porque nunca pasaba por los barrios marginados?

Recordó escenas de algunas novelas de Pío Baroja y Galdós. Sí, hasta antes de verlo con sus propios ojos, había creído que ésas eran cosas que sólo ocurrían en la literatura, exageraciones de novelistas tendenciosos o identificados románticamente con los pobres. Incluso en más de una ocasión había afirmado que en su país no había pobres, sino avivatos, que se hacían pasar por pobres para invadir terrenos, obtener ayuda del Gobierno o para no pagar sus deudas, como le contaron que había ocurrido con los de La Huelga Inquilinaria, poco antes de que regresara de los Estados Unidos

Aunque muchos lo criticaron, sobre todo los comunistas, tuvo razón el Presidente cuando solicitó la intervención de las tropas norteamericanas para que controlaran a esos revoltosos. Había que darles un escarmiento, para que de una vez por todas se dieran cuentan de que en este país cada quien no puede hacer lo que le dé la gana; que existen leyes y las leyes hay que respetarlas.

Bueno, Dios los cría y ellos se juntan. La verdad es que esa ideología comunista era muy dañina y peligrosa. Poner al empleado en contra del patrono; al pobre en contra del rico, con el pretexto de que todos eran iguales. ¡Habráse visto semejante disparate! Si ni en los seres inferiores se daba esa situación. Siempre el pez más grande se ha comido al más chico. Y afortunadamente así seguirá ocurriendo por los siglos de los siglos amén, pese a Carlos Marx y a todos sus fanáticos seguidores.

Al llegar al final del Malecón dio media vuelta y sin perder el paso inició el camino de regreso a su residencia, ubicada en la Cresta, a donde llegó media hora más tarde.

Su madre, doña Encarnación Bustamante y Peñalosa, viuda de Guizado lo esperaba sentada en el lujoso comedor

de caoba, atenta a verlo atravesar el jardín de bien cuidado césped, para ordenarle a la criada que pusiera a calentar el café.

Después de su acostumbrado baño matutino se sentó a la mesa con su madre, para desayunar. Hojeó el periódico como hacía siempre, para seleccionar los artículos y noticias que más tarde leería durante la sobremesa. Al pasar por la Sección de Sociales se extrañó de ver su fotografía, con traje y corbata, como de Carnet. Leyó el pie de foto, y entonces, con más sorpresa que enojo, preguntó:

- ¿Y esto qué significa, madre?

- Es una sorpresa que te estábamos preparando; porque no creerás que íbamos a pasar desapercibido este acontecimiento.

- ¿Qué acontecimiento? Yo sólo hice lo que tenía que hacer.

- Ay hijo, no seas modesto. No cualquiera se gradúa con honores en una de las mejores universidades de los Estados Unidos. Esto hay que celebrarlo y por todo lo alto. Tu querido padre (que en paz descanse), estará muy orgulloso de ti, igual que lo estoy yo. Así que ya sabes, el próximo mes tendrás tu fiesta de bienvenida y congratulación.

Total, para qué iba a oponerse (era tarde), o protestar. De seguro ya todo estaría arreglado. Para eso su madre era muy metódica y tenaz. Lo que no le agradaba de esas reuniones sociales era la paciencia que debía tener para soportar los falsos elogios. "Ay hijito, te felicito y no sabes cuánto me alegro por esta satisfacción que le das a tu madre y a todos los que te queremos". Cuando lo cierto era que a la señora X le molestaba que fueras tú, y no su hijo o su sobrino, el que hubiera terminado la Universidad. Y luego todos esos paracaidistas que se aparecían sin haber sido

invitados, y a los que había que tolerar, en aras de la decencia y las buenas costumbres. No, si por él fuera, ésa sería una reunión estrictamente familiar.

Desde que entró al comedor la notó feliz, alegre, como le ocurría siempre que lograba realizar alguno de sus caprichos. La muchacha del servicio que los atendió, y que no se veía nada mal, a pesar del horrible uniforme que las obligaban a usar, le colocó su taza y le sirvió el humeante café. Él también se sentía de buen humor y tenía que contenerse, sobre todo por respeto a la madre, para no darle un pellizcón en una de esas redondas y apretadas nalgas. Desde que regresó de Estados Unidos, hacía dos semanas, no había tenido contacto físico con ninguna mujer, y ya empezaba a echarlo de menos. Sabía que no le sería difícil seducir a cualquiera de las muchachas del servicio doméstico, que casi llegaban a la media docena. Y ya había hecho algunas averiguaciones al respecto con Claudio, su chofer, sobre el status personal de cada una, estado civil, hijos, costumbres, y aunque sabía que era la que menos le convenía, la única que le había llamado la atención era precisamente ésta: Martina, la más jovencita, y además señorita, según le había asegurado Claudio.

Su madre lo trajo de vuelta a la mesa, en donde ya estaba su desayuno servido, al extenderle el periódico, abierto en la sección de Notas Sociales, en donde nuevamente vio su foto y leyó la siguiente leyenda:

Doña Encarnación Bustamante y Peñalosa, viuda de Guizado, a nombre de su difunto esposo, el capitán Juan Antonio Guizado (Q.E.P.D.) invita a todos sus familiares y amigos más allegados a la Fiesta de Bienvenida y Congratulación que, con motivo del retorno y reciente graduación como Ingeniero Civil, en la University of Vanderbilt (E.U.) de su hijo:

José Ramón Guizado

se ofrecerá en el Club Unión de esta ciudad, el día 15 de febrero 1926 , a partir de las 8: 00 p.m.

- Pero madre -dijo, más divertido que molesto- por qué tanta información en una nota como ésta, que no es más que una excusa para que la gente vaya a comer y a chupar gratis.

- Precisamente -arguyó doña Encarnación untándole mermelada al pan- de eso se trata: de que los invitados sepan bien lo que estamos celebrando. Por eso he pensado que tú y yo debemos decir unas palabras.

- Pero madre, si usted sabe que a mí no me gusta hablar en público. Contrate a un Maestro de Ceremonia o a un Animador, para que amenicen la fiesta.

- Claro que ya lo he hecho -mintió doña Encarnación, acogiendo la sugerencia- pero eso no implica que tú y yo dejemos de hablar. Y ¿cómo es eso de que no te gusta hablar en público? Será mejor que te vayas acostumbrando, porque tú vas a ser un hombre público.

- Le aseguro, madre, que si yo hubiera sido mujer no me estaría diciendo eso.

- Por supuesto que no. Estaría moviendo cielo y tierra para lograr que te casaras con un joven político. Esos son los únicos destinados a ejercer el poder.

- ¿Usted cree? Entonces, por eso es que me conmina para que me convierta en un político.

- Exactamente -dijo doña Encarnación- ya te irás enterando de cómo están las cosas en tu país, y me darás la razón. Lo que deseo saber es si estás dispuesto a seguir mis consejos. Mira que gracias a ellos no te ha ido mal.

- Porque la he atendido sólo hasta la mitad -dijo él mirando extasiado las caderas de Martina, mientras ésta

se alejaba hacia la cocina, llevando la vajilla derrotada del desayuno.

- Sea como sea, mis sugerencias han sido acertadas.

- ¿Sugerencias? -la interrumpió divertido- ¿Han sido sugerencias? A mí siempre me ha parecido oírla hablar usando el modo imperativo.

- Ese es mi modo de hablar. Mi padre primero y luego el tuyo, me enseñaron que los ricos siempre que hablamos debe ser para dar órdenes o impartir instrucciones. Sólo frente a los iguales o superiores podemos conciliar o incluso solicitar. Por eso ahora que has regresado a tomar posesión del lugar que te corresponde, como cabeza de esta familia, quiero que atiendas algunos consejos y sugerencias que voy a darte.

- Claro que sí madre; usted ha sido y seguirá siendo mi manager.

- Gracias por el cumplido, hijo mío. Pues bien: esta fiesta que ofreceremos en el Club Unión la próxima semana tiene varios propósitos. En verdad no creo que hayas pensado que soy tan manifloja como para pedirte que ofrezcamos una fiesta por ofrecerla. Este va ser el momento para anunciar la reorganización del Partido Renovador, que fundó tu padre y que es necesario reactivar porque nos acercamos al próximo torneo electoral. Y también para dar a conocer la nueva compañía constructora Guizado-Bustamante / Ingenieros Contratistas

- ¿Y quién va a presidir todo eso? -preguntó aprensivo, temiendo la respuesta que no desea escuchar.

- Ay hijo mío: ésa pregunta está de más. ¡Por supuesto que tú serás el socio mayoritario de la compañía constructora, y el presidente del Partido Renovador. No creerás que vamos

a invertir tanto dinero en reactivar el Partido, para darle la presidencia a un advenedizo.

- ¡Claro que no! –respondió él sabiendo que ya no había nada que hacer- pero podría ser alguien del Clan. ¿No cree que será demasiado para mí? -preguntó sabiendo que toda negativa era inútil.

- ¡Por supuesto que no! ¡Tú no eres un pusilánime y si quieres tener el derecho de pernada sobre algunas de las sirvientas, debes primero demostrarme que ya eres todo un hombre -dijo doña Encarnación y le guiñó maliciosamente un ojo cuando vio acercarse a la mesa a Martina, la criada más joven y bonita de su servicio doméstico, trayendo la otra taza de café que él le había pedido.

VI

El 12 de diciembre de 1931, después de culminar con éxito sus estudios en el Colegio Militar Azteca, donde una semana antes se había graduado con honores, el teniente José Antonio Remón Cantera regresaba a su país. Miraba absorto por la ventanilla del avión ... Y qué curioso: el diploma y el pergamino de felicitación, por su honroso Tercer Puesto de Honor le fueron entregados por el profesor Zapata, el mismo que se burló de él, aquella primera mañana cuando inició sus estudios ...

El profesor Zapata entró al salón de clases, se sentó y ante la mirada expectante de sus nuevos alumnos (quienes de seguro ya conocían su fama de duro y sangrón) repasó el listado con sus nombres. Al cabo de un momento, se quitó las gafas, las limpió y mirando hacia el grupo llamó parsimoniosamente:

- ¡José Antonio Robar Cartera

- ¡Presente! -respondió él, poniéndose de pie.

- Jovencito: usted acaba de hacerse confeso de un robo -dijo el profesor mirándolo muy serio. Las risas y carcajadas no se hicieron esperar. Él permaneció de pie, sintiendo como la cara se le iba tornando roja por la rabia y la vergüenza. Pero finalmente, pudo contestar:

- No le escuché bien, Profesor y me gustaría saber si el Curso que nos va a impartir es de Historia Militar o de bromas de mal gusto

El profesor se colocó los anteojos, para mirarlo mejor y replicó:

- Será de lo que a mí me dé la gana, porque para eso soy el Profesor. Y usted, en lugar de ser tan preguntón, será mejor que se ponga a hacer ejercicios, porque está pasadito de libras. (Otra vez se oyeron las risas) ... A ver, hágame cincuenta lagartijas, por andar de contestón.

Una azafata se acercó a él y le ofreció una almohada. "¡Qué bueno sería tener dinero y viajar siempre en primera clase!" ... En fin: ha valido la pena el esfuerzo, porque lo que ahora tiene: una profesión, una carrera con la cual defenderse, lo ha tenido que luchar junto con su madre. No sabe qué hubiera sido de él sin ella.

Laura viuda de Remón había llegado temprano al Aeropuerto de Albrook Field. Jamás había sentido pasar el tiempo con tanta lentitud. Y para colmo su hijo no llegó en el vuelo que había anunciado por telegrama. Cuando vio salir los viajeros del área de registro y no vislumbró el rostro de Chichi, una inquietud se fue apoderando de ella, hasta casi hacerla desfallecer. Tuvo que sentarse por temor de caer desmayada. Primero fue una angustia creciente, el corazón galopándole en el pecho, después una laxitud, como si todas sus fuerzas la hubieran abandonado. Cuando se tranquilizó un poco, y recuperó parte de sus fuerzas, caminó pesadamente hasta el mostrador de información de la compañía aérea, en donde una atenta jovencita le informó, para su momentánea tranquilidad, que el teniente José Antonio Remón llegaría una hora después en el siguiente vuelo, ya que, por exceso de pasajeros, la Compañía había tenido que enviar otro avión.

Fue la hora más larga de su vida. Por fin una voz, que a ella le pareció encantadora, anunció la llegada del vuelo 411 procedente de la ciudad de México. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para serenarse. En realidad había sido una

tonta al preocuparse de esa manera. ¿Qué diría Chichi, si en lugar de encontrarla alegre y sonriente, la veía toda marchita y desencajada? Se dirigió rápidamente al baño, se pintó los labios y se coloreó un poco las mejillas.

Dos días después de su regreso, el teniente Remón salió de su casa poco antes del mediodía y se dirigió hacia la esquina de la calle, en busca de un taxi. Su madre se había quedado preocupada porque él no esperó la comida... De seguro creerá que se molestó por lo de Toto. Pero en fin: estaba bien que se preocupara. La verdad era que no contaba con esto de que su hermano estuviera tan malcriado. El sonido del claxón de un auto de alquiler que se aproximaba le cambió la imagen de su madre por la del edificio del Ministerio de Gobierno, a donde le pidió al conductor que lo llevara.

Luego de bajar del taxi se dirigió hacia la entrada del edificio y una vez en la recepción preguntó por la oficina del Ministro.

Una secretaria joven, elegante y bonita le informó muy cortésmente que el señor Ministro lo atenderá con mucho gusto en cuanto terminara la reunión con el Segundo Comandante en Jefe de la Policía Nacional, quien había venido a traerle los nombres de los nuevos Oficiales que habían regresado graduados de diferentes Academias Militares. Consideró que era el momento oportuno para presentarse y dijo:

- Precisamente, yo soy uno de ellos.

- ¿Ah sí? - respondió la joven visiblemente interesada. ¿Y cómo se llama usted?

- Soy el teniente José Antonio Remón, para servirle a usted y a la patria -dijo retóricamente y enseguida se arrepintió de haber usado esa formalidad.

- ¡Qué curioso! -dijo la joven esbozando una sonrisa- Usted y yo tenemos algo en común.

- ¡No me diga! -respondió complacido- ¿Y que tenemos en común usted y yo, si puede saberse?

- Nuestra determinación y firmeza. De seguro en más de una ocasión ha tenido problemas, por ser tan seguro de sí mismo.

- Así es. La última vez fue con un Profesor en la Academia. ¿Y cuál es su gracia? -Y volvió a arrepentirse, ésta vez por haber usado un anacronismo.

- Mi nombre es Cecilia Pinel.

Y él, que de ordinario se mostraba tímido con las mujeres, se atrevió a solicitarle su número de teléfono, para que no fuera ésa la última vez que conversaran. Ella se lo anotó en un papelito y se lo entregó; en el preciso momento en que se abría la puerta del despacho, y el Segundo Comandante de la Policía Nacional salía acompañado del Ministro de Gobierno y Justicia, a quien le sobresalía el vientre, apretado en esa refajada camisa blanca, ya que el saco lo cargaba desabotonado. Él se puso de pie y les rindió sus respetos con un disciplinado saludo militar. Los dos hombres alternadamente le extendieron la mano. Y entraron con él al despacho.

Esa tarde, cuando el teniente Remón salió de la oficina del Ministro de Gobierno y Justicia, traía en la mano su primer nombramiento en la Policía Nacional y también su ascenso a Capitán. Así se lo comunicó a la secretaria del Ministro, la hija de don Constantino Pinel, dueño de una flota de vapores, al tiempo que la invitaba a cenar, porque "estos dos acontecimientos hay que celebrarlos, caray".

Segunda Parte

I

Rubén Miró salió del cómodo, espacioso apartamento que ocupaba en el barrio de la Catedral y caminando se dirigió al Club Unión. Él y su primo Tito Arias habían acordado reunirse para coordinar los detalles del nuevo Golpe de Estado que estaban organizando. Si su padre accediera a darle ese dinero. Porque esta vez sí sería una realidad su Plan de dar un Golpe de Estado. ¡Qué paradoja! Su padre era el único que no tomaba en serio sus afanes revolucionarios.

- Buenas tardes, licenciado. Bienvenido al Club –lo saludó afablemente Case Rouse, el portero antillano.

Rubén Miró atravesó el lujoso vestíbulo del Club Unión. Cuando ya se encaminaba al salón de billar miró hacia la terraza y creyó reconocer, de espaldas, la silueta de su primo Tito Arias, en una de la mesas del fondo. La vista era imponente. Siempre le había fascinado el mar. Desde allí podía verse gran parte de la bahía. A medida que se iba aproximando distinguía el infaltable vaso de Gin and tonic y se percataba de la forma de vestir cada vez más elegante de su primo. Ese traje y esos zapatos debían costar una fortuna. De seguro tendría una movida con alguna de sus amigas.

- ¡Caramba primo! –dijo a modo de saludo– ni Lucky Luciano puede competir contigo en el atuendo rumboso. ¿Qué hay? ¿Alguna actriz de Hollywood, de paso por Panamá?

Tito Arias se volteó hacia el lado izquierdo, vio que su primo Rubén Miró ya estaba junto a él, que lo palmeaba en el hombro. Apuró un sorbo de su trago y con un dejo de

petulancia respondió:

- Sí. Algo hay de eso. Pero como ando escaso de tiempo, mejor concentrémonos en nuestros asuntos. ¿Le hablaste al tío Arnulfo para que nos reciba?

- Mañana a las cuatro de la tarde podremos tomar el té con él –respondió Rubén Miró mientras terminaba de sentarse frente a su primo-. Pero en cambio, no he podido comunicarme con Guizado. No ha querido atender el teléfono las veces que lo he llamado. Y Rubén Miró le hizo señas al barman para que le sirviera lo de siempre.

- Entonces vas a tener que ir personalmente o esperar hasta que Guizado te reciba.

- Será difícil que me reciba. Nosotros no somos amigos. Sé que le caigo mal.

- Bueno, si no te atiende, o no acepta el ofrecimiento... entonces kaputt. –Y Tito Arias pasó un dedo alrededor de su garganta, haciendo el signo de la decapitación.

- ¿ Quieres decir que debemos eliminarlos a los dos?

- Discúlpame... pero ¿de qué me estás hablando? –preguntó Tito Arias sorprendido.

- Del doble atentado. Según entendí, tú piensas que es necesario eliminarlos a ambos. Yo tampoco le tengo confianza a Guizado. Se las quiere dar de agradecido y leal. Además, ha triplicado su fortuna gracias a los contratos ventajosísimos que su Compañía Constructora ha firmado con el Gobierno.

- Un momento –dijo Tito Arias e hizo una pausa para esperar que el salonero renovara los tragos– no tan aprisa, yo he hablado de eliminar a Guizado, pero no de la forma en que estás pensando.

- ¿Y entonces? –preguntó Rubén Miró intrigado.

- Querido primo –y Tito Arias retuvo por varios segundo la bebida en su paladar– aún te falta mucho para ser un revolucionario; por ahora te mantienes en la categoría de rebelde. Cuando hablamos de eliminar, no siempre pensamos en las desapariciones físicas.

- ¡Por favor continúa! –solicitó Rubén Miró aún más intrigado.

- Pues bien -dijo Tito Arias complacido, por la cara de asombro que le vio a su primo-. ¿Qué tal si Guizado resulta ser el autor intelectual del magnicidio? Así mataríamos dos pájaros de un solo tiro. Sólo necesitamos que el autor material o el supuesto autor material, lo implique.

- Ya empiezo a entender tu plan maquiavélico –y Rubén Miró pasó del asombro a la admiración-. ¿Pero cómo haremos para que el asesino involucre a Guizado?

- Mi querido primo, tienes que aprender a escuchar. Yo dije autor o supuesto autor material, y éste no tiene que ser, necesariamente, el verdadero asesino.

- Otra vez me dejas en babia –exclamó Rubén Miró compungido.

- Te lo explicaré más detalladamente: como en un pelotón de fusilamiento, habrá varios tiradores profesionales; todos pagados o enviados por las personas o grupos interesados en que Remón desaparezca; los cuales según he oído suman más de treinta. Ahora bien, ni la Guardia Nacional ni la Policía Secreta atraparán a sospechoso alguno en el lugar del crimen, porque según parece hasta la fecha, los Comandantes también formarán parte de la conjura.

- Vamos a ver si voy entendiendo –dijo Rubén Miró con cierto alivio- ¿quiere decir que habrá varios francotiradores?

- Así es. Hasta ahora hemos calculado que por lo menos serán cinco. Aunque pueden ser más, si logramos sumar a otros que también estén interesados en eliminar a nuestro querido Presidente.

- Remón ha pisado muchos callos. Es verdad que ha ayudado a mucha gente, pero también los ha humillado, se ha burlado de ellos. Esa forma un tanto brutal que tiene de decir las cosas, que él llama franqueza, pero que para mí es falta de delicadeza, ha hecho que mucha gente, que debe estarle agradecida, termine odiándolo.

- Has dado en el blanco –corroboró Tito Arias– ése es el primero de los dos ases que tenemos bajo la manga.

- Estoy totalmente de acuerdo contigo –convino Rubén Miró- pero... ¿cuál viene a ser nuestro segundo as?

- Querido primo –exclamó Tito Arias con marcado aspaviento- como me imaginé, tú mismo no eres consciente del poder que tienes, ni del papel protagónico que te tocará desempeñar en los próximos acontecimientos.

- ¿De qué estás hablando? –preguntó Rubén Miró, vaciando de un solo trago el contenido de su vaso- ¿no estarás pensando que sea yo el que mate a Remón?

- No el que lo mate- y Tito Arias le hizo señas al camarero- pero sí el que se declare como asesino confeso.

- ¿Y eso para qué? ¿Qué ganaríamos con eso?

- En parte distraer la atención del gobierno, de la opinión pública, y luego implicar a Guizado, si no acepta nuestras condiciones. Pero además (y esto quizás es lo más importante) hacer que Remón se desentienda de la conjura, porque tú debes empezar a proclamar a los cuatro vientos, tus intenciones de asesinarlo.

- ¡Te volviste loco! -exclamó Rubén Miró asustado-

¿tú quieres que ese orate me meta preso!

- No te preocupes que eso no ocurrirá -Tito Arias esperó hasta que el salonero sirviera los tragos y se retirara-. Remón y muchos otros del gobierno nos consideran unos guerrilleros frustrados, poco menos que unos locos inofensivos. Ése es el segundo as del que te hablaba. Si empezamos a esparcir el rumor de que se prepara un Golpe de Estado, que tú asesinarás a Remón, éste no lo tomará en serio, porque ¿quién (a menos que esté loco) va a estar anunciando una muerte? No sé si has oído el cuento del hombre que se la pasaba asustando a la gente, con la noticia de que venía el tigre. Lo dijo tantas veces sin ser cierto, que cuando el tigre venía detrás de él, ya nadie le creyó. Sólo que el muerto en este cuento no será el mentiroso, sino Remón, por andar de incrédulo-. Y ambos primos se echaron a reír.

- La verdad, primo, es que este Plan está muy bien pensado -opinó Rubén Miró- no tiene por donde fallar. Lo único que me preocupa es ¿cuánto tiempo estaré preso?

- No te preocupes que no será mucho; quizás no sea necesario que te eches la culpa. Todo dependerá de que logres convencer a Guizado.

- ¿Convencerlo de qué? -preguntó Ruben Miró.

- De que nos dé participación en el nuevo Gabinete: el Ministerio de Gobierno y Justicia para ti, y la Embajada de Gran Bretaña, para mí . Y que no continúe esa política "populista" de Remón; que piense más en la gente del Club Unión.

II

Al día siguiente los primos se encontraban en la lujosa residencia de su tío Arnulfo Arias, para ponerlo al tanto del complot que organizaban para derrocar al presidente Remón. Tito Arias había venido también a despedirse, pues viajaría la próxima semana a Washington, para entrevistarse con el Secretario de Estado. Luego pasaría a Las Vegas, para ultimar algunos detalles con los capos de la marihuana. Todas estas reuniones, e incluso la que dentro de breves minutos tendrían con su tío, formaban parte de la estrategia seguida para llevar a feliz término la conjura. Se hallaban cómodamente sentados en la terraza de la enorme casa del tío Arnulfo, esperando que éste bajara de la biblioteca, exactamente a las cuatro de la tarde, como acordó con ellos. Sabían que, como de costumbre, no sería ni un minuto antes, ni un minuto después. Por eso, como llegaron a las tres y media y sabían que la tía Matilde debía andar de compras con alguna de sus amigas por el Corte Inglés, le pidieron a la niña Elisa Rodríguez que les trajera una botella de vino. La niña, pues apenas tenía nueve años, era muy desenvuelta, tenía mirada y maneras de persona mayor. Siempre que le preguntaban cómo te llamas, daba su nombre completo y había hecho reír enormemente a los dos jóvenes, pues cuando uno de ellos le preguntó: "¿Y qué quieres ser cuando seas grande?". Respondió muy seria: "Presidenta de la República".

- Si el tío fuera amante de la cultura japonesa, no dudaría en pensar que la está preparando para que sea su geisha –dijo Tito Arias saboreando el vino.

- ¿Y quién te dice que no lo esté haciendo? Sólo

habría que buscar el equivalente de la palabra "geisha" en alemán... Pero cambiemos el tema, que allí viene herr tío -y Rubén Miró se incorporó y salió a su encuentro.

- ¿Y a qué se debe el milagro de esta visita? Si ustedes ya ni se acuerdan que tienen un tío –dijo Arnulfo Arias sentándose junto a ellos y mirando de reojo la botella.

- No diga eso tío; -se disculpó Tito Arias- lo que pasa es que hemos estado muy ocupados.

- Sí, ya me imagino –dijo Arnulfo Arias con sorna- ¿Y a quién van a derrocar esta vez?

- En esta ocasión sí se hará realidad –contestó Rubén Miró.– Hay muchas personas importantes involucradas; sólo falta usted para que estemos completos. Por eso estamos aquí.

- ¡Un momento, jovencitos! –advirtió Arnulfo Arias- no me vengan a meter en sus enredos revolucionarios, que ya bastantes problemas he tenido con ese orate de Remón, quién ya me tumbó dos veces de la Presidencia, para que ahora ustedes le den motivos para que me fusile.

- No se preocupe tío, que nadie más aparte de Tito y yo sabrá que usted forma parte de este Plan.

- ¡Un momentito! ¡No tan a prisa, jovencitos! ¿Podrían hacer una pausa para explicarme de qué se trata todo esto?

- Con mucho gusto, tío -dijo Tito Arias complacido-. Para eso hemos venido.

- Entonces no se adelanten, ni me den una participación que yo no he autorizado.

- Tiene razón, tío. Dispense. Pero... Usted sabe... es la euforia que tenemos. -justificó Rubén Miró.

- Sí, y eso es lo que más me aterroriza de ustedes. De

tan eufóricos sueltan la lengua, y ¡zas! -hizo un movimiento con el dedo alrededor de su cuello- adiós Arnulfo Arias.

- Sabemos que es muy peligroso lo que estamos haciendo –aceptó Tito Arias– pero hay muchos intereses en contra de Remón. Ese hombre ha ido creando un círculo de odio y resentimiento a su alrededor.

- En eso estoy de acuerdo contigo –convino Arnulfo Arias– cuando fui Presidente por primera vez, y no accedí a que los gringos artillaran sus barcos en los muelles del Canal, Remón, siguiendo órdenes de sus amos del Norte, me sacó de la Presidencia, aprovechándose de mi viaje a Cuba. Cuando regresé, ya había instalado a su primer Presidente títere.

- Ese hombre ha sido, es y será nefasto para nuestro país –sentenció Rubén Miró.

- Dímelo a mí, que he sido víctima de sus desmanes en dos ocasiones –reafirmó Arnulfo Arias.

- Dígame una cosa, tío –intervino Tito Arias- ¿qué ocurrió en realidad cuando usted fue Presidente por segunda vez?

- Que otra vez tuve que sufrir la inconstancia de Remón –rememoró Arnulfo Arias– cuando se formó la crisis, a raíz de la muerte repentina del Presidente que él había puesto y la renuncia forzada que le obligó a firmar al Presidente sustituto, quien luego se desdijo, y quiso permanecer en la Presidencia, pese a la oposición evidente de los Comandantes de la Policía Nacional. Entonces Remón, para zanjar la cuestión, ordenó revisar las actas de las elecciones de un año atrás, y terminaron reconociendo mi triunfo electoral, ya que como yo lo había denunciado el mismo día de las elecciones, me hicieron un gran fraude.

- ¿Quiere decir que Remón reconoció su triunfo un

año después? -preguntó Rubén Miró asombrado.

- Así fue. Él mismo me escoltó hasta la Presidencia –recordó satisfecho Arnulfo Arias.

- Pero hay algo que no entiendo –interrogó Rubén Miró– ¿por qué Remón aceptó después que hubo fraude y no le hizo justicia un año antes?

- Porque él no contaba con que su Presidente títere iba a fallecer y que el bobo que puso de sustituto le pediría la renuncia –respondió Arnulfo Arias.

- Oiga tío –dice Tito Arias interesado- ¿eso fue cierto?

- Muy cierto –afirmó Arnulfo Arias– y todo se debió a un problema surgido por el monopolio que tenía Remón en el Matadero Nacional. El Presidente sustituto creyó que podría acabar con el monopolio emitiendo una Ley que autorizaba la libre matanza de ganado vacuno en los mataderos del país.

- Y a él fue a quien llevaron al matadero -concluyó Rubén Miró- y a usted a la Presidencia de la República por segunda vez.

- Oye, a mí nadie me llevó –respondió Arnulfo Arias un tanto molesto- en ambas ocasiones yo gané los comicios. Tienes que aprender a diferenciar el sentido metafórico del literal. Pero creo que nos hemos desviado del tema. ¿Cómo es el asunto ése de Remón?

- Pues sí, tío; como le dije al principio -afirmó Tito Arias con gravedad- estamos organizando un Plan para poner a Remón fuera de combate..

- No veo cómo -observó Arnulfo Arias-. Ese hombre controla todos los resortes del Poder. Hasta los periodistas hablan bien de él; me imagino que los salpica generosamente. Cuando fui Presidente, ni se imaginarán cuántas y cuáles plumas tuve a mi disposición. Pero nunca me han gustado

los aduladores a sueldo.

- El poder de Remón no es tan monolítico como se cree –argumentó Rubén Miró– es un ídolo con pies de barro. Pero lo más grave de todo son sus intenciones de reelegirse.

- ¿Cómo? –exclamó Arnulfo Arias saltando de la silla- ¡Eso sí que es muy grave!

- ¡Gravísimo! –opinó Tito Arias, satisfecho del efecto que produjeron las palabras de su primo–. Y como es tan soberbio no se va a lanzar para perder.

- ¿Pero cómo saben eso? ¿Ya lo declaró públicamente? -preguntó Arnulfo Arias, preocupado.

- No. Pero todos creen que lo hará próximamente, durante la Alocución de Fin de Año –aclaró Rubén Miró.

- Puras especulaciones –se tranquilizó Arnulfo Arias- ¿Alguien ha manifestado que se lo ha oído decir?

- Aún no, tío –aceptó Tito Arias.– Pero eso es lo que nos indica la lógica. Mire cuántos años lleva Somoza en Nicaragua y ellos son amiguísimos. Si hasta le tomó prestado el nombre Guardia Nacional, para nuestro Cuerpo de Policía.

- En eso tienes razón -convino Arnulfo Arias–. Y parece que a los gringos les gusta más hacer tratos con los gorilas que con nosotros los civiles.

- Eso no es tan cierto en el caso de Remón –denegó Tito Arias.– Parece que los gringos están molestos por la jodedera que ha cogido con aquello de la revisión del Tratado del Canal.

- Esa es parte de la misión que tiene Tito en los Estados Unidos, tío –informó Rubén Miró.– Hablar con los gringos, ponerlos al tanto de este Plan que preparamos y lograr su apoyo.

III

Su despacho de abogado estaba ubicado frente a la placita Arango, en el segundo piso de un inmueble ruinoso, a pocas cuadras de la Presidencia de la república. Desde la ventana lateral se veía el muelle fiscal y el mar, por el cual sentía Rubén Miró una especie de fascinación. Era un despacho modesto, sin grandes ostentaciones. Lo primero que encontraba el visitante, en la antesala, era el poema de Charles Baudelaire, "El hombre y el mar", copiado en letras góticas, enmarcado y protegido por un vidrio. Rubén Miró firmó unos documentos que en la mañana le había traído su secretaria; se incorporó, caminó hasta el perchero y se colocó el saco blanco de fina gabardina. Los zapatos, también blancos, eran italianos, de puro cuero. Lo único que hacía contraste en su elegante vestimenta era la delgada corbata negra. Desde inicios del mes de noviembre de ese año solía vestirse invariablemente de blanco, tal como hacían los miembros del Gabinete gubernamental en ocasiones especiales. Había justificado tal vestimenta ante sus amigos diciéndoles que era para irse acostumbrando, ya que a partir de los primeros días de enero del próximo año de 1955, él sería Ministro de Gobierno y Justicia en el nuevo gobierno. Este anuncio, al igual que los anteriores de conspiraciones, golpes de estado, revoluciones, en los que siempre andaba metido, por lo menos desde hacía diez años, había provocado que ya nadie lo tomara en serio, que su amigos o conocidos sonrieran, se encogieran de hombros y comentaran a sus espaldas: "Ya anda Rubén con otra de sus locuras".

Le dijo a su secretaria que saldría a almorzar y que regresaría tarde, porque también haría algunas diligencias; que si llegaba la hora de salida se fuera, pero que se cerciorara de que todo quedara bien cerrado.

- ¿Y si lo llama su esposa, o la señora Teresa, qué les digo? -preguntó su secretaria, no sin cierta malicia.

- Pues nada: que ando atendiendo asuntos de trabajo -contestó y le sonrió, cómplice.

Bajó los pocos peldaños de la alargada escalera que daba acceso al edificio, caminó unos cuantos pasos y abordó su auto Chevrolet, que había dejado aparcado a un costado de la Placita Arango. Subió por la calle del Muelle Fiscal, la que conducía hacia la Presidencia, pero una esquina antes dobló a la derecha, hasta salir a la Plaza Catedral, la cual rodeó completamente para continuar por la calle que lo llevaría al Club Unión.

Al entrar al Club le preguntó al portero Case Rouse si el joven cadete ya había llegado.

- Sí, licenciado. Mírelo ... es aquél que está allá ... de espaldas, frente al mar.

- "El hombre y el mar" -dijo Rubén Miró, sacó del bolsillo un par de billetes que le entregó a Case Rouse, cuyo rostro se iluminó con una ancha sonrisa.

Atravesó el extenso comedor del Club, continuó hacia la terraza que servía también como bar-restaurante, desde la cual se podía admirar en toda su belleza parte de la bahía de Panamá.

- Yo soy el licenciado Rubén Miró -dijo a modo de saludo, cuando estuvo frente a ese joven de aspecto tímido, reconcentrado y con cara de hambre.

- Mucho gusto. Soy Edgardo Tejada -respondió

el joven poniéndose de pie, extendiéndole la mano. Aún conservaba el corte, la distinción de militar, pero su ropa, que había sido elegante, estaba muy gastada por el uso y dejaba entrever que a su dueño no le había ido muy bien desde la expulsión de la Academia Militar.

Rubén Miró había averiguado muy bien con Case Rouse acerca de los antecedentes militares del joven y sus actuales penurias económicas, por lo que trató de ganarse su simpatía contándole de unos ficticios estudios militares en Lima, Perú, que nunca logró terminar. Al final su historia -quince años atrás- era muy parecida a la de Tejada: también había defendido el orden constitucional contra un cuartelazo, el cual finalmente se había impuesto; por poco pierde la vida; había sido deportado y a su regreso a Panamá había sido perseguido por Remón, quien también le había frustrado su carrera militar .

- ¡Qué coincidencias tiene la vida! -dijo Tejada con asombro- jamás hubiera imaginado que una persona tan distinguida como usted, hubiera vivido algo tan parecido a las penalidades que yo estoy padeciendo.

- Eso es para que veas que la historia se repite en espiral -respondió Rubén Miró satisfecho del efecto que había causado en su interlocutor la historia que acababa de contarle. Y hábilmente, cambiando de tema, pasó a la propuesta de solución de una de las necesidades obvias que padecía el joven-. Bueno ... me imagino que no habrás almorzado. Vamos a llamar al camarero para ordenar; tú no te preocupes: pide lo que quieras, que yo te invito.

Y tal como Rubén Miró había previsto, con aquel suculento almuerzo y aquella botella de vino, Edgardo Tejada fue perdiendo su timidez, tomándole confianza.

- Bueno Edgardo -dijo Rubén Miró en el momento de los postres- me gustaría saber cuáles son tus aspiraciones actuales.

- Me gustaría ingresar a la Policía Nacional, alcanzar un grado de oficial -respondió Tejada con prontitud.

- ¿Y por qué no has ingresado? -indagó Rubén Miró haciéndose el olvidadizo.

- Ya se lo dije: porque Remón no me lo ha permitido. Él es muy amigo del gorila Castillo Armas, y como yo defendí en Guatemala el gobierno constitucional del presidente Jacobo Arbenz, me ha hecho la vida de cuadritos.

- Entonces te gustará mucho saber para qué quiero comprarte tu ametralladora –dijo Rubén Miró satisfecho de ver que la compra le saldría más barata de lo que había pensado.

- Eso no fue lo que acordamos por teléfono -denegó Tejada-. Usted dijo que me prestaría el dinero para que yo la recuperara.

- Efectivamente. Así es -aceptó Rubén Miró- pero te aseguro que cuando sepas para qué voy a usarla, estarás dispuesto a regalármela.

- No lo creo. Esa ametralladora tiene su historia -dijo Tejada con cierta petulancia- si yo se la cuento, no me va a creer.

- Lo mismo digo yo ... Pero vamos a ver: ¿cuál es esa historia fantástica? -preguntó Rubén Miró interesado, mientras llenaba las dos copas de la nueva botella de vino.

- Pues verá: cuando Castillo Armas, financiado por los gringos, organizó el mal llamado "Ejército de Liberación", para derrocar al presidente Arbenz, enroló a una gran cantidad de mercenarios, por lo cual los oficiales leales al Presidente tuvieron que reclutar hasta a los cadetes que estudiábamos

en las Escuelas Militares, para que defendiéramos el orden constitucional. A los cadetes de la Escuela Politécnica nos dieron ametralladoras alemanas marca Schmeisser. Gracias a la ayuda de los militares norteamericanos y del dictador Somoza de Nicaragua triunfaron los golpistas. Yo tuve que refugiarme en la Embajada de Panamá en Guatemala, pero antes de hacerlo desarmé la ametralladora, la coloqué en una caja y la envolví con papel de regalo. Días después, cuando supuestamente ya todo había vuelto a la normalidad, el Embajador viajó a Panamá y le pedí que le llevara ese regalo a mi novia, por su cumpleaños. Y gracias a su inmunidad diplomática, la ametralladora llegó primero que yo.

Tres meses después Castillo Armas, para congraciarse con los gringos y para que éstos le soltaran más plata, permitió que los cadetes que no éramos guatemaltecos, pudiéramos regresar a nuestros respectivos países. Así fue como se truncó mi carrera militar, y desde mi regreso a Panamá he andado a salto de mata, sin poderme ganar la vida, porque todas las puertas se me han cerrado en las narices, gracias a los buenos oficios de Remón.

- La verdad es que tu historia merece figurar en una novela -aceptó Rubén Miró- pero no te preocupes, si me ayudas, vamos a darle un final feliz.

- Bueno: Usted dirá -respondió Tejada, a quien las insinuaciones de Miró habían empezado a intrigarlo.

- Se trata de lo siguiente -dijo Rubén Miró acercando más su silla, en tono confidencial- hay un grupo de ciudadanos honorables, amantes de la civilidad, que estamos organizando un movimiento para acabar con la mal llamada Era Remón. Lo importante esta vez es que hay mucha gente grande metida en esto. Si el plan tiene éxito, y desde luego que lo tendrá, yo seré Ministro de Gobierno y Justicia en el nuevo gobierno... y ya tú sabes... lo de tu ingreso a la Policía

con grado de Oficial será uno de los primeros nombramientos que gestione.

Rubén Miró percibió como los ojos de Tejada adquirían un brillo intenso, como sus rasgos se dulcificaban ante la imagen que ahora veía de él, con uniforme militar de gala. Como saliendo de un ensueño preguntó:

- Bueno Licenciado: ¿qué desea usted que yo haga?

- Muy sencillo: que una vez que hayamos recuperado tu ametralladora, me la prestes o me la vendas, para acabar con Remón -contestó Rubén Miró, como si matar a un Presidente fuera algo de lo más común y cotidiano.

- Usted es un hombre muy inteligente, Licenciado, y tenía razón: ¿cómo podría yo negarle mi ayuda?

- Entonces vamos donde el alemán loco, a recuperar tu ametralladora -dijo Rubén Miró haciéndole señas al camarero para que trajera la cuenta.

Durante el trayecto hacia el área del Muelle Fiscal y el Mercado Público, por donde le indicó Tejada que vivía el ex capitán, a quien todos llamaban por su gentilicio, el alemán, Rubén Miró tuvo un ligero sobresalto, pero rápidamente lo desechó, porque no era posible que la vida fuera tan novelesca. Sin embargo, cuando empezó a indagar algunos detalles más sobre aquel singular personaje, casi un indigente y que pese a ello había pagado veinte dólares por el alquiler de una ametralladora, su sospecha se fue convirtiendo en certeza: aquel alemán tenía un solo ojo, ya que el otro se lo habían vaciado de un tiro; había sido capitán de la Policía Nacional y recibido la baja durante el primer derrocamiento del doctor Arnulfo Arias, lo que sin duda alguna marcó el inicio de su decadencia.

- ¿Sabes cuál es su nombre? -indagó Rubén Miró cuando se aproximaban al área del mercado público.

- No, porque sólo hemos hablado dos veces: cuando lo conocí, precisamente, en esa cantina de allí, y días después, cuando fui a llevarle la ametralladora.

- ¿Y cómo diste con su paradero?

- Por aquí, doble por la derecha, continúe por la Avenida Eloy Alfaro -indicó Tejada antes de responder a la pregunta-. Pues bien: el día que nos conocimos en la cantinucha ésa, salimos tan borrachos que el alemán no podía sostenerse en sus muletas. Ah... ¿no le dije que sólo tiene una pierna?

"Será o no será?" y buscando algún indicio Rubén Miró preguntó por la causa de esa lamentable situación.

- Según me dijo le metieron un tiro, se descuidó y cuando fue al médico ya era demasiado tarde: tuvieron que cortársela más arriba de la rodilla. Aquí es. Hemos llegado.

El lugar era de lo más sórdido, desaseado que pudiera imaginarse. A primera vista parecía el depósito de un compra-venta. Había tirados o arrumados por doquier, sin orden ni concierto, los más diversos objetos: pilas de periódicos y revistas, bolsas llenas de quién sabe qué, pedazos de madera, carretes de películas, esqueletos de sillas, llantas de varios tamaños, entre otras rarezas. En la parte trasera de aquel cuarto-depósito, medio cubierto con una cortina rota, había un colchón mugroso tirado en el polvoriento piso. Si éste era el capitán Huff, indudablemente había cambiado mucho y la vida lo había tratado muy mal. Tenía la cabeza rapada, como un hospiciano tiñoso. Aún conservaba algo de ese gesto altanero, desdeñoso, que Rubén Miró recordaba haberle visto cuando era el Jefe de la Guardia Presidencial de su tío Arnulfo Arias. De seguro su decadencia empezó después de aquel asunto de los judíos, en Chiriquí. Lo mejor sería no identificarse, que no supiera que él sí lo había reconocido.

IV

Rubén Miró entró al edificio del Ministerio de Relaciones Exteriores, en el Paseo Esteban Huertas. Luego de anotarse en la recepción subió hasta la antesala del despacho ministerial, en donde vio una docena de personas, quienes al parecer esperaban para hablar con el Ministro. Un tanto incómodo por tener que someterse al mismo trato que los demás, siendo él de la misma clase social que el vicepresidente Guizado y viniendo a negociar con éste un asunto tan importante, se sentó junto a un hombre de aspecto famélico, seguramente un pedigüeño más, que venía a solicitar algún favor. Vio un cartel en la pared y leyó en voz alta:

- "Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías". José Martí

- Eso es muy cierto, señor Martí –dijo el hombre, que ahora tenía la cara más animada– pero estos gobernantes no saben las necesidades que tiene el pueblo, ni creo que les interese.

- Disculpe amigo pero yo no soy el señor Martí. Yo soy el licenciado Rubén Miró, futuro Ministro de Estado. Y usted tiene razón: no se puede gobernar bien si se desconoce la idiosincrasia del pueblo.

- No sé si es por la gracia de Dios o del diablo –dijo el campesino- lo único que tengo claro es que esa carretera que piensa hacer el gobierno a mí no me conviene, porque me va a dividir la finca en dos.

- ¿Cómo es eso? -preguntó Rubén Miró interesado, previendo que esa información podría resultarle útil.- Además, mi amigo, permítame decirle que se equivocó de lugar. Usted debe ir a Obras Públicas, o a la Reforma Agraria.

- Claro que no -dijo el campesino con énfasis- a mí no me gusta andar por las ramas, sino irme derechito al tronco. Me dijeron que ésta era la oficina del ministro Guizado, el dueño de la Compañía Constructora; así que con él debo hablar.

- Tiene usted razón. Gracias por sacarme de mi error –dijo Rubén Miró satisfecho por esta nueva información–. Dígame otra cosa: ¿por qué número van?

- ¿Cómo así? ¡No entiendo! –exclamó el campesino intrigado.

- Es decir: ¿qué número tiene la persona que está siendo atendida en estos momentos?

- Es que hoy no han atendido a nadie, ni ayer, ni antes de ayer –explicó el campesino.

- ¡Cómo! –y Rubén Miró saltó del asiento, como si hubiera sido movido por un resorte.- ¡Esto es inaudito! ¿Y ustedes desde cuándo están aquí?

- Yo llegué el lunes –respondió el campesino sin alterarse- pero los otros están aquí desde la semana pasada.

- ¡Esto es increíble! ¿Qué clase de abuso es éste? –exclamó Rubén Miró exaltándose.

- Le recomiendo que lo coja con calma –dijo el campesino, aleccionador–. Usted llegó hoy. Con un poco de suerte, puede que el Señor Ministro lo atienda a finales de la próxima semana.

Rubén Miró sacó una hoja blanca de su portafolio y con una estilográfica de punta fina escribió una breve nota.

Se incorporó triunfalmente y caminó hacia donde estaba la Secretaria.

- ¡Por favor, señorita: entréguele esto inmediatamente al ingeniero Guizado!

- ¿Pero es que usted no entendió lo que yo le dije? –contestó la Secretaria en forma airada– si usted quiere que el Vicepresidente de la República lo atienda, tiene que esperar, al igual que están esperando todos estos señores.

- La que parece no entender que incluso puede perder su empleo si no hace lo que le digo, es usted –ripostó Rubén Miró–. Supongo que sabe leer. Tome y no me haga perder más el tiempo.

- La Secretaria, un poco preocupada, nerviosa, tomó la nota que le extendió Rubén Miró y la leyó mentalmente. Su rostro fue reflejando una gran preocupación. Se levantó apresurada y se dirigió al despacho de su Jefe.

A los pocos minutos salió, otra vez apresurada, y dirigiéndose a Rubén Miró le dijo que el Señor Ministro lo atendería de inmediato. Se oyeron murmullos de admiración y reproche, entre los presentes.

- Y ustedes Señores: no se apuren, que el Señor Ministro les promete que los atenderá mañana sin falta, en el mismo orden en que están anotados.

- Ah... las promesas de un Político –dijo Rubén Miró con un dejo de arrogancia y conmiseración mientras los veía retirarse–. Pero en fin: cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Por eso es que nosotros, los Patriotas, tenemos que hacer la Revolución Social para liberar a estas pobres gentes, que no saben ni pelear por sus derechos.

- Apúrese Licenciado, que el Señor Ministro tiene una reunión a la seis –dijo la secretaria con amabilidad.

- Pues yo le aseguro que después de oír lo que voy a decirle, no tendrá ánimo para ir a ninguna reunión –dijo Rubén Miró caminando hacia el despacho del Ministro.

Este se encontraba detrás de un amplio, elegante escritorio de caoba, el cual estaba atestado de papeles.

- Le aseguro Miró, que si ésta es otra de sus bromas pesadas, se arrepentirá.

-¡Caramba Señor Ministro! Qué recibimiento para un viejo amigo –exclamó Rubén Miró halando una silla, para quedar cerca de él–. Nosotros hemos sido adversarios políticos, pero no enemigos. Recuerde que hasta hemos jugado billar en el Club.

- Sí, pero eso fue antes, cuando lo creí un hombre juicioso –respondió el Ministro, sin poder disimular su incomodidad.

- Yo sigo siendo un hombre juicioso –se defendió Rubén Miró.– Lo que pasa es que me preocupa la gente pobre de este país.

- No me venga con esas monsergas, Miró. Lo que todavía no logro entender es por qué a usted y a su primo Tito Arias les ha dado por jugar a los revolucionarios. Sé de los viajes de su primo a La Habana, Méjico y Estados Unidos. ¿Qué andan buscando realmente? Porque eso de dar un Golpe de Estado, ya ni ustedes mismos se lo creen.

- Aunque usted también se burle, esta vez sí va en serio –afirmó Rubén Miró, retórico–. Y a mí sí me preocupa enormemente la suerte de la gente buena, humilde de nuestro país. Gente como ésos que estaban allá fuera, que tienen más de una semana de estar esperando que usted los atienda, como si de una obra kafkiana se tratara.

- ¡Déjese de retóricas, de hacerse el literato conmigo!

-lo interrumpió el ministro Guizado-. A todos los voy a atender, pero a su debido tiempo. A la gente hay que enseñarle que no es cuando ellos quieren y que todas las cosas están sujetas a un orden.

- ¡La justicia tardía no es justicia! –profetizó Rubén Miró-. ¡Ojalá algún día se dé usted cuenta de eso!

- Bueno, déjese de tantos discursos y explíqueme el contenido de esta subversiva nota –solicitó el ministro Guizado-. Tomó la hoja que le había traído su secretaria y leyó en voz alta: "Vida del presidente Remón corre grave peligro. Tengo la llave de la conjura. Mándeme a llamar inmediatamente o será responsable de este magnicidio". ¿Sabe que puedo mandarlo a arrestar por esto.

- No lo dudo. Pero sería un gran error -pronosticó Rubén Miró– porque yo en realidad he venido a hacerle un gran favor.

- ¡Usted! ¿A mí? –preguntó el ministro Guizado, escéptico.

- Sí, aunque usted no lo crea y ponga esa cara de asombro –sentenció Rubén Miró–. He venido para que se ponga a salvo, ya que se acerca el Apocalipsis de ciertas personas.

- ¿A salvo? ¿Apocalipsis? ¿Pero de qué está usted hablando, hombre? ¡Por Dios! –preguntó el Ministro visiblemente irritado.

- Ya veo que no le gustan las figuras literarias -respondió Rubén Miró calmado– así que trataré de ser más claro.

- Es lo mejor, porque si no voy a pedirle que se retire –dijo el Ministro serenándose.

- Pues verá, Señor Vicepresidente –dijo Rubén Miró,

llamándolo por su otro cargo– según he podido constatar existe una conjura a nivel nacional e internacional, para eliminar de manera violenta al presidente Remón.

- ¡Un momento! –lo interrumpió el Ministro– aceptando que todo lo que dice sea cierto, ¿por qué me lo viene a decir a mí y no al presidente Remón o a los estamentos de seguridad?

- Fundamentalmente por dos motivos: -respondió Rubén Miró, como si se tratara de una situación normal- primero, porque yo participo en la conjura; y segundo, porque quiero pedirle que se nos sume.

- ¡Usted está loco, hombre! –gritó el Ministro saltando de su asiento.- ¿Cómo se le ocurre venir a proponerme semejante barbaridad? ¡Salga de mi oficina inmediatamente, o lo mandaré a arrestar!

- Sabía que usted reaccionaría así, -contestó Rubén Miró, sintiendo que empezaba a tener el control de la situación- porque usted es uno de los pocos amigos leales, agradecidos, que tiene el presidente Remón.

- La verdad es que no sé qué pretende usted con todo esto -confesó el Ministro, un tanto confundido, al ver la impasibilidad de Miró.

- Si no se exalta y me lo permite, puedo explicárselo –argumentó Rubén Miró, conciliador.

- ¡Pero como no quiere que me exalte, después de lo que ha dicho!

- Créame que lo comprendo y le admiro ese gesto de lealtad –reconoció Rubén Miró–. La verdad es que no es poca cosa el haber triplicado una fortuna, gracias a contratos ventajosísimos con el gobierno.

- ¿De qué está hablando? – preguntó el Ministro un tanto nervioso.

- Por favor, Monchi. En los círculos políticos todos sabemos que la Compañía Constructora Guizado/ Bustamante es suya, aunque claro, para disimular, ahora aparece su socio Lee Bueno como signatario...

- ¡Un momento! -lo interrumpió el Ministro- como siempre, usted se equivocó de persona. Y ya no deseo seguir escuchando estupideces. ¡Por favor, retírese, o lo mandaré a sacar por la fuerza.

V

El ex cadete Edgardo Tejada regresaba a las diez de la noche a su pequeño cuarto, ubicado en una vieja casa de inquilinato en donde, desde su regreso de Guatemala vivía nuevamente con su madre y ahora también con su mujer. Desde su primera entrevista con el licenciado Rubén Miró había vuelto a recobrar el entusiasmo. Sin embargo, su mujer no lo había dejado tranquilo con sus temores: que si aquello en lo que se estaba metiendo era muy peligroso; que si ese licenciado le daba mala espina; que si después sería él quien terminará pagando ... Eso le pasaba por andar de bobo contándole sus cosas. Bien lo decía su padre (q.e.p.d.): En boca cerrada no entran moscas, y también: En cojera de perro viejo y en discreción de mujer, no hay que creer. Pero bueno: había querido darle algún incentivo a la pobre Elsa. La verdad era que se había portado a la altura. Desde que él regresó a Panamá y se casaron -sin que entonces sospechara que el largo brazo de Castillo Armas lo alcanzaría también aquí, a través de Remón- ella le había hecho frente a la situación y prácticamente había mantenido la economía familiar. Y lo más meritorio: sin una queja ni reproche. Pero lejos de contagiarse del entusiasmo que a él lo animaba desde que andaba en tratos y negocios con el licenciado Rubén Miró, su mujer se había vuelto un manojo de nervios. Cada vez que salía tenía que decirle con quién, a dónde iba y a qué hora estaría de vuelta. De seguro a estas alturas, a pesar del cansancio, estaría sentada en la mecedora, esperándolo.

Edgardo Tejada atravesó la extensa cuartería de la segunda planta, con pasos vacilantes se dirigió hacia el último

cuarto, que era el suyo. Como se lo temía: la luz de la sala estaba encendida. Antes de entrar, con el pensamiento, vio a su mujer cabeceando de sueño, pero pendiente del radio transistor, por si él era mencionado en las noticias. A veces le daban ganas de decirle, para ver si así se tranquilizaba, que el atentado sería el 1° de enero, que aún faltaban más de quince días; pero temía que entonces fuera peor y cuando llegara ese día, no le permitiera salir de la casa. Cuando iba a introducir la llave en la cerradura de la puerta, ésta fue abierta desde adentro y su mujer se le lanzó a los brazos, llorando.

¿Qué fue? ¿Qué te pasó? ¿Le ocurrió algo a mamá? -se atropelló preguntando.

- No. A ti -dijo Elsa limpiándose la cara-. Hice un mal sueño. Tú y el licenciado ése caían muertos a tiros por la policía, en un lugar que parecía un zoológico o un hipódromo... Sí, eso es: un hipódromo, porque había muchos caballos.

Edgardo Tejada sintió un ligero estremecimiento. Desde que eran novios lo habían impresionado las premoniciones de su mujer; sus sueños reveladores de hechos que después ocurrían. Precisamente, hoy le había dicho el licenciado Miró que el atentado sería en una cantina o en el Club House del hipódromo de Juan Franco. Y ahora este sueño que había tenido Elsa. Pero no. Él no le daría crédito a los sueños de su mujer, producto de sus temores, y perder la oportunidad de liberarse del cerco de hambre, de miseria al que lo habían confinado Castillo Armas y Remón. ¿Qué le diría al licenciado Miró? Muchas gracias licenciado, pero mejor dejemos esto, porque mi mujer soñó que a usted y a mí ...

- No tan bien como quisiéramos los patriotas.

- Bueno ... pero ha estabilizado el país.

- Teniendo el control absoluto de las fuerzas armadas, eso no es difícil. Pero esto no sería preocupante, porque ya sólo le queda un año de gobierno, sino fuera por los rumores que han empezado a circular de que piensa reelegirse.

- ¿De verdad? -preguntó el Secretario de Estado asombrado-. Pero él a nosotros no nos ha manifestado nada. ¿Ha hecho alguna declaración al respecto?

- Todavía no. Pero se espera que lo hará en la Alocución de Fin de Año, o en la inauguración de cualquier vereda -dijo Tito Arias, mordaz

- ¿Es cierto que le dicen el Presidente de las Efemérides? -se interesó el Secretario.

- Sí. No hay ocasión que desaproveche para leer o improvisar un Discurso. Desde las Fiestas Patrias hasta el Día de la Papaya –se burló Tito Arias

- Bueno, dejando la broma; yo creo que el presidente Remón es un hombre sensato y veo difícil que se embarque en una aventura semejante.

- Hay muchas cosas que Remón está haciendo y piensa hacer a espaldas de ustedes.

- ¿Ah ... sí? ¿Cómo cuáles? -preguntó el Secretario.

- Reelegirse. Presionar para la revisión del Tratado del Canal. Y una cosa está íntimamente relacionada con la otra.

- Disculpe, mister Arias, pero no le entiendo -se excusó el Secretario.

- La revisión del Tratado será el slogan que utilizará Remón en su Campaña de Reelección. Una campaña en

la que avivará el sentimiento anti norteamericano que está latente en el pueblo panameño.

- No creo que el presidente Remón se atreva a eso. Él es uno de los nuestros desde hace mucho tiempo -argumentó el Secretario.

- Remón desconoce el significado de la palabra lealtad. Para él sólo cuenta el garantizar sus intereses.

- Me disculpa nuevamente mister Arias ... pero cuál es el propósito de...

- Mi visita -lo interrumpió Tito Arias- pues verá: en Panamá hay insistentes rumores de que antes de fin de año, se producirá un Golpe de Estado.

- ¡Imposible! El presidente Remón tiene el control absoluto de la Guardia Nacional -aseguró el Secretario.

- Ni tanto -lo contradijo Tito Arias-. Pero ése no es el asunto. En realidad no se trata de un Golpe de Estado, sino de un atentado.

- ¿Y usted cómo lo sabe? -preguntó el Secretario de Estado, admirado.

- Eso en Panamá todo el mundo lo sabe y lo comenta.

- ¿Y qué ha hecho el presidente Remón al respecto?

- Es el único que parece no estar enterado, y si lo está, no le ha dado la menor importancia -informó Tito Arias.

- Seguramente sabe que no pasan de ser habladurías. Algo debe haber investigado para mostrarse tan sereno -lo justificó el Secretario.

- Lo que pasa es que él cree, equivocadamente por supuesto, que todo el mundo lo ama, y que es el Rey del mundo.

- Bueno, ningún Presidente puede aspirar a tanto y él lo sabe. Seguramente se siente confiado, porque cree que los panameños lo consideran un buen Presidente.

- Y hasta ahora ése es el papel que nos ha representado. Pero deje que se reelija para que vea. Tendremos otro Somoza en Panamá.

- Yo no veo cuál es el problema con el general Somoza. Nicaragua era un caos y él ha puesto orden -lo defendió el Secretario.

- ¿A costa de la democracia?

- Ay ... amigo Arias -se lamentó el Secretario- no me venga con esa retórica. Usted y yo sabemos que la democracia, tal como la entendemos modernamente, no es más que la alternancia en el Poder.

- Precisamente: de eso se trata, de que haya alternancia en el Poder. Y Remón con ese afán que tiene por reelegirse es la negación más flagrante de ese principio.

- Mister Arias: las clases dirigentes de sus países nos han demostrado que ni siquiera son capaces de ponerse de acuerdo para turnarse en el uso del Poder -advirtió el Secretario-. Y nosotros hemos tenido que apoyar a "hombres fuertes" como Somoza, Batista, Trujillo, Perón, Strossner o Remón, para que al menos nos mantengan la casa en orden.

- Bueno: en eso tiene razón -aceptó Tito Arias.

- ¿Usted cree que es posible que en su país hayan tenido Presidentes de tan sólo un día, o de incluso ... horas? -preguntó el Secretario, volviendo a la carga.

- Sin duda se refiere a la crisis del año 1949.

- Sí, cuando enviamos tres Embajadores en menos de una semana y el último tuvo que regresar al día siguiente de su llegada a Panamá, porque otra vez habían cambiado

de Presidente. Entonces el coronel Remón solucionó el problema instalando al tío de usted en la Presidencia.

- Para derrocarlo dos años después -rememoró Tito Arias.

- Por el capricho de Mister Arias de querer cambiar la Constitución ... Well, Mister Arias, creo que usted se está adelantando a los acontecimientos. Ya pronto tendrán elecciones. Si el presidente Remón va a la reelección, trabajen y derrótenlo en las urnas.

- Ay Señor Secretario: se nota que Usted no conoce Panamá -se lamentó Tito Arias-. El candidato oficial siempre gana.

- Bueno, ya es hora de cambiar esa práctica inadecuada. ¿No cree? Nosotros no vamos a intervenir en los asuntos internos de su país; si eso es lo que les preocupa; siempre y cuando no afecte la paz y el libre tránsito por el Canal, tal como lo establece el Tratado vigente. Pero traten de resolver sus diferencias de manera pacífica, sin que sea necesaria la violencia -aconsejó el Secretario.

- ¡Ojalá pudiéramos hacerlo, Señor Secretario! -dijo Tito Arias con gesto compungido-. Pero Remón no nos deja otra opción. Muchas gracias por su tiempo. Y caminó con el Secretario de Estado hacia la salida del despacho.

VIII

Dicky Arias, Segundo Vicepresidente de la República, dueño del Partido Renovador Demócrata (P.R.D.), se hallaba reunido en una mesa de la terraza del Country Club con su primo Dante Alighiere Arias, rico petimetre, sin oficio conocido.

- Sabes que otra vez Tito Arias y su primo Rubén Miró están organizando un golpe de Estado -comentó Dicky mientras saboreaba su gin and tonic.

- ¿Por enésima vez? -preguntó Dante con mordacidad.

- Esta vez suena interesante. Por eso quiero que te contactes con alguno de ellos -solicitó Dicky.

- No entiendo.

- Según parece ya no se trata de instalar al gufi de su tío, Arnulfo Arias, sino de tumbar a Remón -informó Dicky, risueño.

- Ese par están cada día más locos -dijo Dante, divertido.

- Eso es lo que piensa todo el mundo, incluso el mismo Remón y por eso el Plan, esta vez, puede tener buenos resultados.

- ¿Para quiénes? -se interesó Dante.

- ¡Para nosotros, por supuesto!

- Este asunto empieza a ponerse interesante -opinó Dante y se acomodó mejor en la silla playera.

- ¡Claro! Tú crees que te hubiera invitado a jugar golf, si además no tuviera una propuesta interesante que hacerte.

- Es cierto. Nosotros siempre hemos hecho buenos negocios -comentó Dante.

- ¿Te acuerdas el de la importación de whisky? -rememoró Dicky.

- ¿Y el de los abrigos de invierno? Ese sí hubiera sido un descalabro.

- Bueno, uno tiene derecho a equivocarse de vez en cuando -se justificó Dicky.

- Pero dime una cosa: -solicitó Dante retomando el hilo de la conversación- ¿qué sentido tendría tumbar a Remón, si ya a ustedes les queda poco más de un año de gobierno?

- ¿No has oído los rumores de que Remón piensa reelegirse? -preguntó Dicky.

- ¿Serán ciertos?... Tú deberías saberlo. Eres su Segundo Vicepresidente -dijo Dante con ironía.

- Remón es un hombre impredecible -observó Dicky, y le hizo una seña al barman para que trajera otra ronda de tragos-. Uno nunca sabe a qué atenerse con él. Y siendo su hermano Toto el Presidente de la Asamblea Nacional y teniendo mayoría absoluta entre los Diputados, no les sería nada difícil hacer una macalusia para continuar en el poder durante cuatro años más, dándole todos los visos de legalidad que sean necesarios. Recuerda que en eso, los de la Coalición son expertos.

- Entonces no sé por qué te preocupas -dijo Dante con suspicacia.- Estarías en la papa durante cuatro años más.

- Eso nadie puede garantizármelo -respondió Dicky, preocupado. No tenemos lazos familiares, ni somos socios en ninguna empresa. Además, como ya tú sabes, estuvimos a punto de darnos de trompadas cuando fuimos condiscípulos. Fuera de mi salario como Vicepresidente, Remón no me ha dado chance para ninguna rebusca. Y esto siempre me ha parecido un pase de factura por lo que aquella vez le dije. Porque lo de ahora con Ceci no creo que lo sepa, porque ya me hubiera mandado a matar. Lo que si no me extrañaría es que para él yo sea prescindible.

- Según he oído en los corrillos políticos, Remón cada día es más casasola.

- Sí, y en todo quiere su mordida, el lagartazo -se lamentó Dicky.

- ¿Y quién dará el golpe y cómo, si los Comandantes y Guizado les son incondicionales?

- ¿Y quién ha hablado de Golpe de Estado? -preguntó Dicky con asombro.

- Entonces ... no he entendido nada -confesó Dante.

- Yo hablé de tumbar a Remón en sentido literal. Pero no de la silla presidencial, sino de su palco en el hipódromo de Juan Franco, a donde acude invariablemente todos los domingos, con una mínima escolta -aclaró Dicky.

- ¿Estás hablando de un atentado? -se asombró Dante.

- Así es -afirmó Dicky con notoria frialdad.

- ¿Pero cómo, quiénes?

- "Todos los que se quieran sumar a esta Cruzada Patriótica, para impedir que se instaure una dictadura comunista en nuestro país" -leyó Dicky una Nota, que sacó del bolsillo de su camisa sport.

- ¿Remón comunista? -se burló Dante.- ¿Pero a qué genio se le ha ocurrido semejante desatino?

- Has dicho bien, porque Rubén Miró es un hombre genial. Y no es ningún desatino, como a simple vista parece.

- No entiendo -se quejó Dante.

- Se trata de lo siguiente: -explicó Dicky- se elimina a Remón en forma violenta; luego se implica a Guizado como autor intelectual, se le encarcela y entonces ...

- ¡Tú subirías a Presidente! -concluyó Dante, entusiasmado.

- Así es. La ecuación se ve perfecta. Pero no será tan fácil realizarla. Por eso tenemos que andar con cuidado. Además de ser muy peligroso, no quiero que si triunfamos recaiga sobre mí la más mínima sospecha.

- ¡Por supuesto!

- Mientras Remón siga creyendo que se trata de otra de las "chifladuras" de Rubén Miró, no tenemos de qué preocuparnos -informó Dicky.

- Entiendo que lo considera un loco inofensivo.

- Sí. Apenas Remón se dio cuenta de que Rubén Miró tenía que ver con esos rumores del atentado, se desentendió por completo del asunto. Lo que él ignora es que somos muchos los que estamos interesados en sacarlo de circulación. Según me han dicho, Tito Arias viajó hace algunos días a Estados Unidos, para gestionar personalmente el apoyo de los gringos.

- Si los gringos apoyan, el éxito de la conjura estará garantizado.

- Yo creo que sí van a apoyar. Remón los ha empezado a jorobar con eso de la revisión del Tratado del

Canal. Quiere más plata el lagartazo; y congraciarse con los comerciantes, por los nuevos impuestos que les va a gravar. Pero lo ha sabido justificar muy bien con esa frase altisonante que le sopló el cepillo de Guizado.

- ¿Cuál frase? -preguntó Dante.

- ¡NI MILLONES NI LIMOSNAS QUEREMOS JUSTICIA!

- Así que el playboy de Tito Arias fue a negociar con los gringos -retomó el tema Dante.

- Con los gringos y con los capos. Parece que éstos también están molestos con Remón por un acuerdo que firmó el presidente Eisenhower con varios presidentes latinoamericanos, entre ellos Remón, para reprimir el trasiego de marihuana y otros estupefacientes. Mira lo que le ocurrió a la mismísima Primera Dama en Puerto Rico.

- Sí. La agarraron con la hierba en el bolso; pero como se trataba de una Primera Dama, el que quedó preso fue el Agente de aduanas que la agarró in fraganti. Y la cancillería de Puerto Rico le pidió excusas a Remón -agregó Dante, ordenando otra ronda.

- Al parecer Remón también piensa iniciar una ofensiva contra los capos, quienes utilizan nuestros puertos aéreos y marítimos para sus operaciones. Ellos no pueden aceptar ni entender esta actitud de Remón, cuando su esposa Cecilia y su hermano Toto participan en el negocio, obteniendo pingües dividendos.

- Así que tantas personas e intereses están en contra de Remón -reflexionó Dante.

- Y lo peor para él, es que las apariencias engañan porque como se cree muy querido, se siente confiado y siempre anda con una mínima escolta. Además su itinerario

es harto conocido: desayuna en La Puñalada; compra rosquita en La Tahona, toma tragos en El Rancho y siempre está los domingos en el palco presidencial del Hipódromo de Juan Franco. En cualquiera de estos lugares puede ser un fácil blanco -advirtió Dicky.

- Así que por fin se te va a cumplir el sueño de ser Presidente de la República -profetizó Dante .

- Los sueños se construyen; no se espera pacientemente a que caigan del cielo -sentenció Dicky.

- Tú estabas pensando lanzarte como candidato en la próxima contienda?

- Sí, pero soy el primero en reconocer que no llevo el menor chance. Sea que se lance Remón o Guizado, como candidato de la Coalición. Porque a éste sería a quien el apoyaría, para seguir mandando tras bastidores.

- Bueno: ¿Y qué papel hago yo en toda esta vaina? -indagó Dante, sorbiendo un trago de su gin and tonic.

- Tú serás mi negociador ante el Grupo de los Treinta.

- ¿Grupo de los Treinta? -preguntó Dante extrañado..

- Sí. Grupo de los Treinta y todos los que se vayan sumando. Así estaba firmado el Anónimo que me mandaron, invitándome a participar en este Plan.

- ¿Y cuál será tu participación?

- Al parecer no confían mucho en que Guizado les permita "rebuscarse". Temen que también se vuelva un casasola -explicó Dicky.

- Es decir -añadió Dante- que esperan que tú no "te bañes en tina" , como Remón, sino en regadera.

- Exactamente. Y después que mi familia y yo quedemos resueltos, qué importa que los demás también se resuelvan; si para todos hay. Y yo voy a estar donde más hay.

- A ti siempre te ha gustado estar donde hay -dijo Dante, viéndose ya como Embajador o Cónsul en Inglaterra o en Estados Unidos.- Será bueno estabilizar las finanzas de la familia.

- Dímelo a mí, que prácticamente estoy en la ruina. Aparte de las propiedades, un par de terrenos y las casas de alquiler, sólo me quedan dos cuentas bancarias con 20,000 dólares cada una. Una basura.

- Me decías que yo seré tu negociador -retomó Dante el tema que le interesaba.

- Sí, y jamás, y óyelo bien porque en esto nos va la vida y la honra, cuando te comuniques con alguno de ellos, sea por teléfono o por escrito, nunca lo hagas personalmente ni menciones nuestros nombres. Con respecto a este asunto, Yo seré el Señor Pocapena, y tú, mi representante.

- Pocapena, ¡Que seudónimo más apropiado! -reflexionó Dante.

- Sí. Y ahora vamos a jugar golf, que se nos pasa la tarde -dijo Dicky Arias incorporándose y estirando las piernas.

IX

Abraham Levy, judío, comerciante de la Avenida Central recibió en su residencia, ubicada en la planta alta de su almacén, a los también comerciantes Manolo Pérez, español, dueño de varias mueblerías, y a Ta Cha Ito, propietario de una cadena de restaurantes y presidente de la colonia china. Ambos se encontraron en las escaleras, por lo que subieron y llegaron juntos. Cuando Abraham Levy abrió la puerta y los vio, extendió los brazos en forma patriarcal y les dijo:

- Oh ... mis queridos amigos. Me da mucho gusto recibirlos en ésta, mi humilde morada-. Les franqueó la entrada de la puerta, y los hizo pasar a una amplia y elegante sala.

- ¡Joder! Si así son las moradas humildes -dijo Manolo Pérez, admirando el imponente lujo que los rodeaba.

- Bueno: el que trabaja duro tiene derecho a vivir cómodamente -respondió Abraham con satisfacción-. ¿Les apetece tomar algo? Tengo un vino exquisito que me acaba de llegar de España. –Se levantó, fue hasta una vitrina y regresó con tres copas y una botella de vino que procedió a destapar.

- Supongo, amigo Abraham, que esta reunión se debe a lo que todos sabemos -indagó Manolo Pérez recibiendo su copa.

- ¿Y qué saben todos? He estado muy ocupado tlabajando y no he leído los peliódicos -se excusó Ta Cha Ito.

- Esos rumores difícilmente los van a difundir los periódicos. Pero desde que llegué a Panamá me di cuenta de que aquí hay que prestarle mucha atención a lo que dice Radio bemba -advirtió Manolo Pérez.

- ¿Ladio bemba? ¿Y qué emisola es ésa? -preguntó Ta Cha Ito asombrado.

- Son los comentarios o "bolas" que circulan entre la gente -explicó Abraham Levy-. Desde hace varias semanas se habla acerca de un atentado que se está preparando contra el presidente Remón.

- ¿Y quién halá ese atentado? ¿Los glingos? -preguntó Ta Cha Ito asustado-. ¿Y a quién pondlán de plesidente? ¡Que no sea Alnulfo Alias! El no gusta de los chinos, ni de los judíos. Dicen que mató a un pocotón en Chiliquí.

- No te preocupes Ta Cha Ito -lo tranquilizó Abraham Levy-. Arnulfo Arias no tiene nada que ver en este asunto. Él no es una figura conciliadora, sino muy polémica. Basta recordar los enredos que formó las dos veces que fue presidente.

- Yo tuve que ponel mi negocio a nomble de mi esposa, que pol suelte mía es panameña. Pelo a los otlos paisanos les quitó sus tiendas y plohibió la entlada de más chinos. –rememoró Ta Cha Ito.

- Además, los gringos tampoco lo quieren -agregó Manolo Pérez-. Y ya se sabe: en este país las gallinas no ponen si los gringos no dan su visto bueno.

- Por lo tanto -sintetizó Abraham Levy- el asunto que debemos discutir no es Arnulfo Arias. El no tiene la menor oportunidad esta vez. Lo que debemos decidir es si apoyaremos o no el atentado.

- ¿Y por qué tendríamos que apoyar ese atentado?

-preguntó Manolo Pérez saboreando el vino.

- Al parecer Remón planea gravarnos con nuevos impuestos el próximo año, además de adoptar otras medidas que benefician al pueblo, pero que nos perjudican enormemente a nosotros, como comerciantes. Imagínense que va a decretar un alza general de salarios -informó Abraham Levy.

- ¡Se volvió loco! -exclamó Manolo Pérez exaltado-. Si el trabajador panameño es el mejor pagado en toda Centroamérica, a pesar de que es bien holgazán.

- Y eso no es todo, queridos amigos.

- ¿Todavía hay más? -preguntó Ta Cha Ito.

- También planea obligarnos por Ley a pagar el 75% de la cuota de un seguro social para los trabajadores. ¿Recuerdan aquella locura de Arnulfo Arias, de que los patronos pagáramos un seguro social a los trabajadores?

- Sí, y ésa fue otra de las razones de su caída -recordó Manolo Pérez.

- Todo parece indicar que Remón se ha contagiado del populismo que en la Argentina desarrolló su amigazo, el general Juan Domingo Perón. -conjeturó Abraham Levy.

- Pos hombre, algo tenemos que hacer –exclamó Manolo Pérez preocupado.

- Pero amigo Levy -exclamó Manolo Pérez y se tocó la frente, indicando que había recordando algo–. Usted nos está preocupando inútilmente. Al gobierno de Remón le queda poco más de ocho meses y en ese lapso ...

- Eso mismo pensé yo –lo interrumpió Abraham Levy-. Pero es que nuestro Hombre también planea reelegirse, y todas esas medidas populares, lo mismo que el tratado

que está negociando con los gringos (con el cual quiere contentarnos), los va a utilizar en su campaña política.

- ¿Y cuál es el plan? -se interesó Manolo Pérez

- Eliminar a Remón de manera violenta, contratando para ello a varios francotiradores -informó Abraham Levy.- Y como se imaginarán: allí es donde entramos nosotros; cada grupo de los que representamos debe aportar 25,000 dólares. Mi grupo ha decidido apoyar la conjura. Hagan ustedes las consultas respectivas, y me informan lo más pronto posible.

X

La Primera Dama de la República, doña Cecilia Pinel de Remón estaba en su despacho atendiendo asuntos relacionados con las acciones benéficas que desarrollaba a través de la Caravana de Asistencia Social, que ella presidía. Sobre su escritorio reposaba la tragedia La Orestiada, de Esquilo, último regalo del segundo vicepresidente Dicky Arias, quien con aire distinguido entró al despacho. Eran casi las seis de la tarde.

Cuando lo vio acercarse, doña Cecilia levantó la cabeza de sus papeles, lo invitó a sentarse junto a ella y le preguntó: ¿Quiero saber por qué me regalaste este libro?

- La Orestiada es una obra maestra y pensé que próximamente, cuando visitemos Grecia, debías haberla leído -respondió Dicky después de darle un beso en los labios-. Sería imperdonable que cuando estemos en el teatro griego no recordaras al menos una de las tragedias que se representaron allí.

- ¿Supiste que estuve a punto de cancelar el viaje? -preguntó Cecilia.

- ¿Por lo del atentado?

- Sí. ¿Tú crees que ocurra? -indagó Cecilia caminando hacia la salita de su despacho.

- ¿Y cómo saberlo?

- Lástima que tú no seas el Primer Vicepresidente -bromeó Cecilia-. Así seguiría siendo la Primera Dama, aunque tras bastidores

- ¡Eso se puede arreglar! Para todo hay una solución en esta vida; menos para la muerte -filosofó Dicky-. Además es anticonstitucional que una misma mujer sea Primera Dama dos veces.

- Pues más anticonstitucional es que dos primos hermanos vayan en nóminas contrarias, como ha ocurrido tantas veces. Ya tú sabes: si uno ganaba el otro era embajador o ministro y viceversa.

- Bueno, para eso somos rabiblancos, no?

- Sí. ROSCA S.A. Pero volviendo al tema del atentado: Chichi anda muy despreocupado. Desde que supo que el tarambana de Rubén Miró era uno de los que supuestamente están en el complot, se desentendió por completo. Creo que ya ni se pone el chaleco antibalas que le trajo Guizado de Nueva York.

- ¡Pues hace muy mal! -se quejó Dicky muy serio-. Deberías insistirle para que lo use.

- El ya está grandecito y sabe lo que hace. Y te voy a decir la verdad: no sé cómo me sentiría si lo del atentado fuera cierto y tuviera éxito. No sé qué sería peor: eso, o esta doble vida que estamos llevando.

- Te comprendo -asintió Dicky- porque algo parecido me está ocurriendo desde que escuché esos rumores.

- Pues no deberías preocuparte. En ti no es imperdonable. Ustedes ni siquiera son amigos. En cambio yo soy su esposa.

- Exactamente -la tranquilizó Dicky- tú eres sólo su esposa. Firmaron un contrato matrimonial que, como cualquier otro, puede anularse.

- ¿Y crees que eso es poco?

- Antes de conocerlo nada te ligaba a él.

- Gracias por tratar de tranquilizar mi conciencia -dijo Cecilia abrazando a Dicky.

- Hoy andas muy susceptible y con la autoestima baja -se quejó Dicky-. De seguro has vuelto a leer esas novelas deprimentes... Pero hablando de otra cosa: ¿es cierto que Remón le prometió ayuda al presidente Eisenhower para iniciar el próximo año, una ofensiva contra los traficantes de marihuana?

- Yo también he oído hablar de eso. Pero por más que le pregunté no quiso decirme qué conversó con el enviado especial del presidente Eisenhower. Y eso lo pone en la mira de los capos. Y ésos sí son de cuidado -advirtió Cecilia. Oye: ¿Y nosotros?

- No te preocupes -la tranquilizó Dicky-. Ya Toto habló con Franck y le explicó que en cualquier acción en la que participe el gobierno, nosotros no tenemos nada que ver. Además, Franck estuvo de acuerdo en que, después del incidente en Puerto Rico, es mejor que te mantengas al margen por un tiempo.

- La verdad es que Chichi, casi sin darse cuenta, ha ido creando mucha inconformidad y resentimiento a su alrededor -reflexionó Cecilia.

- ¡Pero él ha ayudado a todo el mundo! -ironizó Dicky.

- Sí, pero sin dejar de meter el diente.

- Las famosas mordidas de Remón.

- Y lo peor es que ya lo hace por costumbre. No porque necesite más dinero -se quejó Cecilia y agregó preocupada: hay más de cuatro resentidos con él, y no me refiero a los Arias, ni al loco de Rubén Miró, ni al playboy de Tito Arias, ni al segundo y tercer comandante. Pero él

cree que ese complot de los dos primos, no son más que aspavientos de niños ociosos, que no tienen nada mejor que hacer.

- Con razón Remón no le ha dado importancia -conjeturó Dicky-. Lo que no sé es si él ignora que detrás hay otros intereses moviéndose, y que éstos sí son peligrosos. Ahora entiendo: el loco de Rubén Miró, a quien nadie le hace caso, diciendo públicamente que asesinará a Remón es una cortina de humo que han tirado, para que él se desentienda del asunto, tal como ha sucedido.

- Tiene lógica -aceptó Cecilia preocupada, y enseguida preguntó- ¿Es cierto lo de la Lista de los treinta?

- Sí. Y es para que veas lo bien orquestado que está el Plan. El propósito es que nadie, empezando por el mismo Remón, se lo crea.

- Fíjate que Chichi soltó la carcajada cuando se lo comenté.

- ¿Ah sí? -comentó Dicky complacido-. Y ahora: ¿le vas a decir lo que has descubierto? -preguntó acariciándole la mejilla

- ¿Tú quieres que se lo diga? -preguntó a su vez Cecilia.

- ¿Te hará caso? -dijo Dicky besándole el cuello.

- ¿Quieres que cenemos aquí? Puedo ordenar algo rápido en Don Samy -sugirió Cecilia, olvidándose por completo del atentado.

- Tú sabes que no me interesa tanto la cena, sino lo que viene después de la cena -dijo Dicky insinuante, desabrochándole el vestido.

- ¿El postre? Eso no es ningún problema. Podemos invertir el orden -propuso Cecilia, estremeciéndose con las caricias de Dicky, cada vez más atrevidas.

- ¿Y las integrantes de La Caravana? -preguntó Dicky, jadeante.

- Como me avisaste que venías, les permití que se fueran más temprano –informó Cecilia.

- ¿Así que estamos solos?

- ¡Completamente! Si alguien llega, tendría que llamarme por el intercomunicador, desde abajo, para que le abra la puerta. Estos inventos de los gringos son una maravilla -se admiró Cecilia.

- ¿Y esa medida de seguridad también es para Remón?

- Para él más que para nadie -dijo Cecilia apoyando los brazos sobre el escritorio.

XI

Los tres magnates de las principales bandas de traficantes de drogas, surgidas a raíz de la deportación de Lucky Luciano de los Estados Unidos, se encontraban reunidos en uno de los salones privados del casino de uno de ellos, en Las Vegas. Eran Franck, Agostino y Johny. Franck, como de costumbre, fumaba un puro y luego que aspiró el aromático humo exclamó: Pues parece que finalmente la situación se nos puede complicar en Panamá.

- ¿Y eso por qué? -preguntó Agostino-. ¿Nuestro querido Presidente de la Asamblea quiere más dinero?

- No se trata de él, sino de su hermano -explicó Franck.

- ¿El presidente Remón? -preguntó Johny apurando su copa de brandy.

- Sí. Según parece Remón quiere congraciarse con el presidente Eisenhower, para que éste acepte la revisión del Tratado del Canal -informó Franck.

- Seguramente quiere más plata. Si Yo llegara alguna vez a ser Presidente de este país, le expropiaría ese Canal a los panameños y no les pagaría un centavo más por utilizarlo. Total: hay un Tratado por el cual lo cedieron a perpetuidad -se ufanó Johny.

- Bueno, no nos desviemos del tema que nos interesa, ya que dentro de algunas horas tengo que volar a México, para arreglar algunos asuntos -advirtió Franck.

- Tienes razón. Dejemos las discusiones políticas para otro día -acotó Johny.

- Se trata de lo siguiente: -explicó Franck- según una fuente de entero crédito que tengo en la Casa Blanca, recientemente viajó a Panamá, en misión ultra secreta, uno de sus más fieles Senadores, siguiendo indicaciones directas del presidente Eisenhower.

- ¿Y a qué se debió tan secreto y misterioso viaje? ¿Tu fuente pudo averiguarlo? -interrogó Agostino.

- ¡Por supuesto! -alardeó Franck-. Yo no acepto informaciones a medias. La agenda de la reunión, también ultra secreta, giró sobre el tema del contrabando de narcóticos.

- ¡Mama Mía! -festejó Agostino- ¡Los Presidentes quieren entrar en el negocio!

- ¡Ojalá! -suspiró Franck-. Se trata de todo lo contrario: fue acerca del control de ciertos lugares claves, como Panamá. Parece ser que durante su pasada visita a Washington, Remón le solicitó a Eisenhower la revisión de ciertas cláusulas del Tratado del Canal, las cuales le impiden a los comerciantes panameños vender sus productos en la Zona del Canal.

- ¡Qué astuto! -comentó Johny-. Solamente vendiéndole a los soldados, en las Bases Militares, se hará millonario. Y sin ningún riesgo.

- Eso lo percibió Eisenhower -continuó Franck-. Y con su diplomacia característica no aprobó, pero tampoco negó tal posibilidad. Desde entonces Remón ha estado tratando de reafirmar su imagen ante los panameños -pues se comenta que aspira reelegirse- usando como estandarte la revisión del Tratado del Canal. En uno de sus Discursos lanzó una de esas frases altisonantes que tanto les gusta a los latinoamericanos

- ¡Continúa -lo exhortó Agostino-. Porque me imagino que alguna relación debe tener todo esto con nuestros negocios.

- Así es --concluyó Franck-. El presidente Eisenhower envió al Senador a Panamá para que le dijera a Remón que él y sus socios pueden vender sus bananos, cervezas y jabones en la Zona del Canal, a cambio de que el gobierno panameño se convierta en su aliado, en la guerra que piensa emprender contra nosotros.

- Eso es muy grave -opinó Johny- porque Panamá es un puente obligado para las rutas aéreas y marítimas. Se imaginan nuestros barcos dando la vuelta por el Cabo de Hornos.

- ¡Eso ni pensarlo! -se alarmó Franck-. Panamá tiene que seguir bajo nuestro control. Y ése es el principal motivo de esta reunión. Mi viaje a México está relacionado con este asunto. Voy en busca de Lipstein.

- ¿Lipstein? ¿El asesino a sueldo que liquidó a Percy Spiegel? -preguntó Agostino asombrado.

- A Spiegel y a muchos otros -corroboró Franck-. Voy, con la aprobación de ustedes o sin ella, a contratarlo para que se encargue de poner a buen recaudo a nuestro amigo Remón.

- ¿Crees que es la única solución? -indagó Johny

- ¿Tú ves otra? -preguntó a su vez Franck-. A grandes males, grandes remedios. Y muerto el perro, se acaba la rabia. Además, Lipstein no será el único en disparar.

- ¿Qué quieres decir? -interrogó Agostino.

- Al parecer se trata de una conjura múltiple en la que participarán varios matones a sueldo.

- ¡Tantos intereses ha afectado Remón! -se asombró Johny.

- ¡Más de los que te imaginas! -afirmó Franck-. Me informaron que en Panamá se habla del Grupo de los Treinta.

- ¡Madona! -se admiró Agostino-. Remón tiene más enemigos que nosotros tres juntos.

- ¿Y ustedes qué piensan de Remón? -se interesó Johny-. Ignorará que su esposa y su hermano están metidos en el negocio de los narcóticos.

- No lo creo. A lo mejor se dio cuenta de que su mujer y el Segundo Vice presidente se entienden en la cama y quiere darles un escarmiento -opinó Franck.

- ¡Pobre hombre! ¡Si hasta parece un personaje de novela policíaca! -se compadeció Agostino-. Creyendo ayudarse para su reelección, firmó su sentencia de Muerte.

- Sí -confirmó Franck-. ¡Y quién sabe cuántas más habrá firmado!

Cuarta Parte

I

En los primeros días del mes de noviembre de 1954 un diputado de la Coalición Oficialista le informó al presidente Remón que un primo suyo, sacerdote en la Iglesia de la Santísima Confesora, se había enterado sobre un complot que se estaba fraguando para asesinar a su Excelencia y al comandante Lilo. Tráelo mañana mismo -solicitó Remón sin mostrar el menor signo de inquietud.

Al día siguiente cuando el sacerdote estuvo sentado frente a él y, fiel a su costumbre, le preguntó directamente y sin ambages cómo había obtenido esa información.

- Me dispensa Señor Presidente, pero eso no voy a poder revelárselo.

- ¡Cómo! -exclamó Remón con asombro- ¿Secreto de confesión?

- Bueno: debí suponer que si le decía esto, tendría que revelar la fuente.

- Le repito la pregunta señor cura -dijo Remón dando a entender que se estaba impacientando-. ¿Mi futuro asesino fue a confesarle que está planeando matarme?

- Sí y no.

- ¿Cómo es eso? ¡Por favor, no juguemos a los acertijos! - le advirtió.

- No me lo confesó a mí, pero yo lo escuché, accidentalmente.

- A ver si voy entendiendo -dijo Remón tratando de ordenar el rompecabezas- ¿el asesino en potencia fue

a confesarse con otro sacerdote y usted lo escuchó por casualidad?

- Así es. Somos vecinos de confesionario y, como en ese momento no tenía ningún pecador en mi cubículo, empezaba a descabezar un sueño cuando de repente oí un murmullo que me puso alerta.

- ¿Y por qué seguía usted allí, si ya no tenía clientes, perdón, confidentes? -preguntó Remón recobrando su buen humor.- ¿Y por qué el murmullo lo puso alerta?

- Le respondo en el mismo orden sus preguntas: continuaba allí porque mi horario de recibir confesiones aún no había terminado.

- ¡Qué disciplinados! -exclamó Remón interrumpiéndolo-. Con horario y todo. Con razón han compartido el poder durante tantos siglos... Disculpe padre. Continúe, por favor.

- Me llamó la atención porque era una voz que transmitía una gran desesperación y angustia; como un llamado de auxilio. Esa voz era como el grito desesperado de alguien que está a punto de cometer algo atroz y sin embargo no quiere hacerlo.

- ¿Y qué hizo su colega? -se interesó Remón-. Supongo que disuadió al criminal en ciernes para que desistiera de semejante despropósito.

- El padre Benigno ... ¡Caramba, ya metí la pata!

- No se mortifique -lo tranquilizó Remón- que de todas maneras pienso mandarlo a buscar.

- El sacerdote le dio los consejos que eran de rigor en estos casos, reforzándolos con citas bíblicas muy apropiadas.

- ¿Y usted cree que logró su cometido?

- Francamente no.

- ¿Por qué ?

- Porque ese hombre es un fanático. Se cree el elegido para el cumplimiento de una alta misión.

- ¿La de asesinarme?

- No. La de evitar que usted lleve al país al comunismo.

- ¡Comunista yo! -exclamó Remón y rompió la carcajada-. Pero si yo soy el único presidente que le ha declarado la guerra a los comunistas y a casi todos los tengo presos o fuera del país. ¡Comunista yo! Con las tropas norteamericanas acantonadas en catorce bases militares en la Zona del Canal.

- Sí, todo eso lo puede advertir alguien que esté cuerdo. Pero tenga en cuenta que se trata de un desequilibrado.

- En eso tiene usted razón -aceptó Remón-. Y eso sí lo torna peligroso. Pero bueno, ¿sabe algo de él? ¿Nombre? ¿O de los otros conjurados?

- Lamentablemente no. En ningún momento mencionó nombres, ni fechas. Sólo dijo en varias ocasiones que ya se acercaba el momento de la liberación.

- Me imagino que escuchó usted toda la confesión -se interesó en saber Remón.

- Desafortunadamente no. Llegó un pecador arrepentido a mi confesionario y tuve que atenderlo. Y aunque traté de seguir el hilo de la otra confesión, no pude hacerlo.

- Entiendo -convino Remón-. Entonces vaya usted a buscar al otro sacerdote, para que me cuente la parte que no logró escuchar.

- Creo que eso no sería conveniente, Coronel.

- ¿Y eso por qué? -preguntó Remón sorprendido.

- Porque él sí está bajo el secreto de confesión.

- ¡Aquí no hay secreto de confesión que valga! -gritó Remón exaltándose-. Es la vida del presidente de la República y del primer comandante de la Guardia Nacional las que están en juego. Y a ese sacerdote debo meterlo preso por no haber venido a avisarme.

- Cálmese señor Presidente. Usted debe comprender...

- ¡No hay excusas que valgan! -lo interrumpió Remón-. Vaya inmediatamente con mis dos escoltas y me traen a ese curita.

Una vez que salió el padre Valentín, el diputado, quien había permanecido en un discreto segundo plano, se acercó al presidente Remón y le dijo:

- Dudé mucho en venir a molestar a su excelencia, hoy domingo y a estas horas tan tempranas (miró su reloj), pero luego recordé su costumbre de ir en la tarde al hipódromo de Juan Franco, cuando corre alguno de sus caballos...

- ¿Y entonces? -preguntó Remón impaciente.

- No entiendo -dijo el diputado, nervioso.

- ¿Qué tiene que ver el hipódromo? -preguntó Remón-. ¿Tú crees que el atentado será allá?

- Ah ... ya entiendo -dijo el diputado cayendo en cuenta-. No señor Presidente. Mencioné el hipódromo para justificar el haber venido en la mañana.

- ¡Déjate de pendejadas! -lo recriminó Remón-. Tú bien sabes que yo madrugo todos los días. Y que para el presidente de la República no hay horarios.

- ¡Tiene usted razón! Gracias por recordármelo.

Espero que no estemos haciéndolo perder el tiempo. Sé que su excelencia tiene asuntos más importantes que atender.

- Quédate tranquilo y no digas sandeces -lo amonestó Remón, percatándose del nerviosismo del diputado-. ¿Qué puede ser más importante que el averiguar si realmente existe un complot para asesinarme?

- Como siempre tiene usted razón -dijo el diputado lisonjero.- Y le doy gracias a Dios por permitirme serle útil.

- Deja a Dios en paz, que somos muy insignificantes para que Él se ocupe de nosotros.

- No lo crea . Estoy seguro que su gestión de gobierno tiene el beneplácito de Dios.

- ¿Quiere decir que la beatería de ustedes es un mal de familia? -comentó Remón, risueño.

- Precisamente señor Presidente -dijo el diputado volviendo a ponerse nervioso- quería aprovechar esta visita para ...

- ¡Ya saltó la liebre! -dijo Remón interrumpiéndolo.

- Para solicitar su autorización ...

- ¿Autorización para qué ?

- Para hacer en mi compañía unas placas que pueden ser colocadas en la entrada o en el interior de los hogares.

- ¿Ah sí? ¿Y qué van a decir esas placas? -preguntó Remón simulando interés.

- DIOS Y REMÓN

MORAN EN ESTE HOGAR -respondió el diputado, airoso.

- ¡Qué interesante! -dijo Remón simulando aquiescencia.- Y me imagino que esas placas serán

distribuidas gratuitamente, como una cortesía de tus empresas.

- Créame señor Presidente que si yo pudiera ...

- Sí, pobrecito -dijo Remón compasivo.- Una inversión como ésa, si no resarces tus gastos, te puede hacer quebrar. Porque me imagino que estarás pensando hacerle una a cada habitante del país. ¿Y qué costo tendrán?

- Dos dólares.

- ¿Y el precio de producción?

- Cincuenta centavos aproximadamente.

- ¡Un negocio redondo! -exclamó Remón y silbó, denotando admiración.- Bueno, te lo autorizo, pero me das el 50% de las ganancias netas. Y al otro socio, que es Dios, ¿lo dejamos por fuera?

- Yo había pensado destinar un 5% de las ganancias para hacer una donación a la iglesia.

- ¿A qué iglesia? -preguntó Remón creyendo adivinar la respuesta.

- A la iglesia de mi primo.

- Sí, claro, y así todo queda en familia -respondió Remón, mordaz.- Bueno, déjame pensarlo ... Oh ... al fin regresan.

- Disculpe su Excelencia, pero el padre Benigno estaba administrando una extremaunción y tuvimos que esperarlo -se excusó el padre Valentín.

- No hay problema. Venga, padre, acérquese y cuénteme todo lo que le dijo ese forajido.

- En realidad no me dijo nada concreto -respondió el padre Benigno.- No mencionó nombres, ni fechas, que es lo que a usted y a la Policía secreta podría interesarles. Sólo

me dijo que él y otros patriotas se estaban organizando para eliminarlo a usted y al primer comandante de la Policía.

- ¡Guardia Nacional! -rectificó Remón.- Recuerde que le cambié el nombre.

- Bueno: él dijo Policía Nacional.

- Un aspirante a asesino desinformado -bromeó Remón.- ¿Acaso no sabe que la información es el cuarto poder? Pero cuénteme, padre, ¿qué más le dijo? Tenemos que encontrar alguna pista para atraparlo.

- En realidad, creo que nada que pueda serle útil. Divagaba mucho. Dijo en varias ocasiones que lo hacía para evitar que nuestro país cayera en las garras del comunismo.

- Sí, eso ya me lo dijo su vecino de confesionario -informó Remón.- ¿Y usted qué cree? ¿Será algún complot serio, bien organizado, o ése será un pobre diablo que no puede ni con su alma?

- Si está el diablo de por medio, debemos tener cuidado -acotó el diputado, tratando de congraciarse.

- ¡Por favor, no mezclemos los términos! -ordenó Remón, molesto.- Pobre diablo es una frase hecha que quiere decir ... Bueno, no creo que sea el momento para hacer explicaciones semánticas. Y dirigiéndose al diputado: ¡Usted, a callar!

- Pues sí, excelencia, el hombre divagaba mucho y se contradecía. Dijo que Usted había sido un buen presidente y después, que iba a llevar al país hacia el comunismo, y que por eso había que eliminarlo. En realidad creo que se trata de un desquiciado y que usted no debería darle mayor importancia. Eso fue lo que yo pensé. Y por eso no quise venir a importunar a su excelencia, preocupándolo, quizás, inútilmente.

recriminó Remón.- ¿Y qué tal si tu vecino de confesionario no me viene con el ... con la información? ¿Qué tal si hubiera pensado igual que tú y decidido guardar el secreto de confesión? ¿Y es que la vida del presidente de la República y del primer comandante de la Guardia nacional son menos importantes que guardarle el secreto de confesión a un futuro criminal?

- No piense eso su excelencia... Yo le aseguro que... –se excusó el padre Benigno.

- ¡No hay excusas que valgan! -lo interrumpió Remón.- Tendré esto muy en cuenta a la hora de asignar

no tiene nada más que decirme? ¿O todavía está guardando algún secreto de confesión?

- Recuerdo que también dijo que había altos funcionarios del gobierno y de la Guardia nacional que estaban involucrados.

- Lo ve ... Eso sí es grave y preocupante -dijo Remón incorporándose, dando a entender que la audiencia había terminado.

II

Un día después de la entrevista con el padre Benigno, el presidente Remón hizo comparecer a su despacho al Primer Comandante de la Guardia Nacional y le explicó la razón de aquel llamado.

- Te he mandado a buscar, Lilo, porque hay una información que deseo averigües; bueno, que mandes a investigar con el jefe de la Policía Secreta.

- Usted dirá de qué se trata, Comandante, -respondió Lilo, solícito.

- He recibido informes, no sé qué tan confiables, de que se está organizando un complot para asesinarnos.

- ¿Dispense usted ? -preguntó Lilo, sorprendido.

- Sí, tal como lo oyes -corroboró Remón.- Para a-se-si-nar-nos. A ti y a mí.

- Disculpe: quién o quiénes le suministraron esa información?

- Unos sacerdotes que la oyeron en secreto de confesión.

- Ah ... ¿y es que ahora los curitas confiesan a dúo? -se sorprendió Lilo.

- Bueno, eso no tiene la menor importancia, y ahora no tengo tiempo para dar explicaciones que no considero necesarias. Se trata de un tipo medio desquiciado, quien le confesó a uno de los curitas que está metido, junto con otros, en una conspiración para asesinarnos.

- ¿Y qué hizo el cura? -se interesó Lilo.

- ¡Qué sé yo! Me imagino que imponerle una penitencia y darle la absolución. ¿No es lo que hacen en estos casos?

- Con todo mi respeto, Señor Presidente, pero no era a eso a lo que yo me refería.

- ¿Y entonces? -indagó Remón.

- Esos curitas, y más tratándose de dos, debieron buscar la manera de disuadirlo.

- Fue uno solo el que lo confesó. El otro lo oyó por casualidad, y fue quien vino a decírmelo -informó Remón.

- ¡Claro, el cura no podía violar el secreto de confesión!

- ¡Esas son pendejadas! -dijo Remón exaltándose-. Tu vida y la mía deben estar por encima de cualquier secreto de confesión.

- Para los curas, eso del secreto de confesión es algo sagrado.

- Yo he estado pensando ...

- ¿Si Señor?

- Que eso del complot -que ojalá no sean más que rumores- debo aprovecharlo para firmar cuanto antes un acuerdo con la iglesia, con respecto a ese famoso secreto de confesión.

- Por favor, continúe, Coronel -lo instó Lilo.

- Voy a firmar un acuerdo con los jerarcas de la iglesia, en el cual quede claro que la seguridad e integridad del Estado, estará por encima de cualquier secreto de confesión que ampare o proteja a un posible magnicida.

- ¡Pero eso nunca nadie lo ha hecho! -objetó Lilo.

- ¡Mejor! Seré el primero -dijo Remón complacido.- ¡Claro! Algo tendré que soltarle a esos sinvergüenzas. Hasta ahora no me han concedido nada gratis.

- Francamente creo que muchos curas se negarán a...

- No lo harán -dijo Remón interrumpiéndolo-. Ellos no tendrán que decir nada. Bastará con que nos permitan colocar unos micrófonos en los confesionarios. Por supuesto que estarán apagados. El cura lo activará cuando escuche algo peligroso que se refiera al Gobierno. Nuestras unidades lo monitorearán, y en pocos minutos estaremos listos para apresar al sospechoso, apenas salga de la iglesia.

- Bueno, estoy seguro que usted sabe lo que hace.

- La verdad, Lilo, es que no sabía que tuvieras tantos escrúpulos morales.

- Recuerde, Comandante, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

- Sí, lo sé.

- A propósito ... Y hablando de cosas más terrenas.

- Tú dirás ...

- Es referente a la licitación para los nuevos uniformes de la Guardia Nacional.

- Sí, la fábrica de tu hermano puede participar, y será la favorecida, tal como acordamos, pero asegúrate de que no aparezca el apellido de ustedes por ningún lado. Ahora discúlpame. Voy a atender una visita muy especial.

- ¿Quinceañera? -indagó Lilo, cómplice.

- No. Ésta tiene trece añitos. Me estoy volviendo un viejo verde. Ah ... recuerda que me toca el 50% de las ganancias netas. Con tu permiso.

- ¡Eso es una orden, mi Coronel! -dijo Lilo entrechocando los tacones de sus botas.- Y cuando quedó solo: Viejo lagarto. En todo tiene que meter el diente. No hay negocio que hagamos, en el que no haya que darle participación. ¡Ojalá y sean ciertos esos rumores!

III

El domingo 2 de enero de 1955 en horas de la mañana Rubén Miró salió en su auto con su esposa y sus dos hijos hacia el Cementerio Amador, con el propósito de limpiar y arreglar la tumba de su padre. Desde el fallecimiento de éste -dos meses atrás- cumplía semanalmente con este ritual, en el que también había involucrado a su familia. De regreso del cementerio pasó a una de las gasolineras propiedad del presidente Remón y llenó el tanque de combustible. Contrario a lo que hacía en su vida pública, con su familia casi nunca hablaba de sus actividades políticas o conspirativas y esto su esposa se lo agradecía infinitamente. Por eso durante el almuerzo familiar la conversación giró en torno a los tópicos acostumbrados. Nadie que lo hubiera visto y escuchado ese mediodía en la mesa con su familia hubiera imaginado que un padre y esposo ejemplar, tan sereno y comedido tuviera algo que ver con una conspiración que él y su primo Tito Arias habían estado preparando para asesinar al Presidente de la República, ni que dos horas y media después del almuerzo estaría en la casa de su amante Teresa Castro, cómodamente acostado con ella y escuchando la segunda carrera de caballos, después de haber hecho el amor.

Rubén Miró consultó su reloj y le pidió a Teresa que le preparara un café. Mientras ella estaba en la cocina, sacó de debajo de la cama la maletita alargada que había guardado allí, la semana anterior, y también la otra maletita cuadrada con la ropa y los accesorios que se empezó a probar: un jacket negro, una boina de lana que le cubría hasta las orejas, guantes y una máscara confeccionada con una media de

nylon, también de color negro. Cuando Teresa regresó por poco se le cae la taza, por el susto que se llevó al verlo disfrazado de esa manera. ¿Y qué haces vestido así? -le preguntó sin poder disimular una leve sonrisa.

- Te olvidaste que hoy es el día del atentado -respondió Rubén Miró con un dejo de reproche.

- ¡Ay Rubén! Tú todavía andas con eso -dijo Teresa sin saber si preocuparse o echarse a reír.

- ¿Y tú pensaste que era relajo? ... Mira ... aquí tengo la ametralladora alemana de Tejada, la que le quité al Alemán loco. Después del atentado la esconderé aquí, junto con esta ropa, hasta que pueda deshacerme de ellas en forma segura. Así que mucho cuidado con hablar de esto. No se lo digas ni a los hilos de tu hamaca -concluyó rememorando un viejo proverbio indígena.

- ¿Y por qué tienes que esconder esas cosas aquí, Rubén? Mira que yo no quiero problemas con la guardia.

- ¿Y dónde quieres que las esconda? ¿En mi casa? Ése será el primer lugar en donde buscarán. Además, no tendremos ningún problema y no será ni necesario deshacerme de ellas. Las guardaré para luego donarlas al Museo Nacional. "Estas son las prendas de vestir que utilizó el licenciado Rubén Miró la tarde que ultimó al dictador José Antonio Remón Cantera".

- Yo no sé Rubén, pero todo esto me da mucho miedo. Tú sabes lo que haces, pero por favor ten mucho cuidado.

- No te preocupes, mi amor, que todo saldrá bien. Y mañana a estas horas yo seré el nuevo Ministro de Gobierno y Justicia -dijo Rubén Miró luego que guardó la ropa y los accesorios en la maletita y caminó hacia la salida llevando las dos valijas, una en cada mano.

Una vez en su auto condujo hacia el Jardín El Rancho, en donde había quedado de encontrarse con Tejada a las 4:30 de la tarde, para de allí dirigirse a la casa del mecánico Hyms, hacer el cambio de autos y salir hacia el Hipódromo de Juan Franco. Por eso le extrañó verlos a los dos, cuando se encaminaba hacia las mesas de la aireada terraza del jardín cervecero. Y así se los hizo saber, ya que no le agradó, por parecerle de mal augurio, que hubieran cambiado los planes sin haberle consultado.

- Lo que pasa, licenciado -dijo Hyms a modo de justificación- es que yo no quiero que mi familia se vea involucrada en nada de esto. Total: dejamos su auto aquí, nos vamos en el mío, y luego yo los traigo de vuelta.

- Está bien. No hagamos un problema de esto -aceptó Rubén Miró recobrando la tranquilidad-. Pero de ahora en adelante el único que puede hacer algún cambio en los planes establecidos soy yo. ¿Está claro?

- Clarísimo -respondió Hyms.

- Ya veo que han estado refrescándose -comentó mirando las cuatro botellas de cervezas vacías, que había sobre la mesa-. Ahora nada más nos faltaría que nos detenga un Agente del Tránsito, por conducir con aliento alcohólico.

- No se preocupe, Licenciado, que aquí tengo mis chiclets -dijo Hyms sacando una cajita del bolsillo y mostrándosela- y si es necesario, voy hasta el carro, traigo mi cepillo de dientes y me lavo; siempre ando preparado.

- Ah ... tú también eres de los que comen en la calle -bromeó Rubén Miró con evidente doble sentido.

-Bueno, usted sabe: el hombre es hombre, y yo no soy el más santo. A veces tengo mi cualquier resuelve por allí.

- Y por eso la plata no te alcanza, y tienes que buscarte trabajitos extras. Dímelo a mí, que tengo cinco mujeres -alardeó Rubén Miró.

- ¿Y cómo le hace? Porque yo tengo una y media y casi no puedo con ellas.

- Bueno: volvamos a nuestro asunto -dijo Rubén Miró cambiando de tema.- No sé si ya Tejada te comentó algo sobre nuestro negocio de El Brinco.

- Bueno, le he comentado algo -intervino Tejada.

- Y la verdad, Licenciado -se adelantó Hyms- es que prefiero no saber los detalles. Usted me entiende: Ojos que no ven, corazón que no siente.

- Querrás decir: Ojos que no ven, conciencia más tranquila -agregó Rubén Miró, fiel a su costumbre de modificar los refranes.- Quizás tengas razón y es mejor que te enteres mañana por los periódicos. Fin de la Era Remón. Panamá retorna a la democracia.

- ¿Acaso se trata de un Golpe de Estado? -preguntó Hyms, incrédulo.

- Ya estuvo bien de pláticas. Vamos a trabajar, que para eso nos pagan -dijo Rubén Miró poniéndose de pie y dejando sobre la mesa dos dólares.

Los tres hombres caminaron hacia la salida de El Rancho y antes de llegar al auto de Hyms, Miró fue hasta el suyo, sacó las dos maletitas y un pequeño radio transistor de baterías. Guardó las dos valijas en el maletero del auto de Hyms, y le pidió que condujera con mucho cuidado, para que no los detuviera ningún radio patrulla.

- No se preocupe, Licenciado, que a mí me dicen Manos de seda -exclamó Hyms de buen humor.

- ¡Qué interesante! Un mecánico con manos de seda;

debe ser que nunca te las ensucias -y volviéndose hacia Tejada le preguntó si ya había decidido entrar en la historia.

- Cuando llegue el momento le respondo -dijo Tejada para salir del paso.

- Es la última vez que te lo pregunto -advirtió Rubén Miró algo decepcionado- y que conste que eso puede significarte un ascenso automático. Y sacando su pequeño radio transistor, lo sintonizó en Radio Mundial para saber qué carrera se estaba corriendo en ese momento. Cuando escuchó que se aproximaba la octava y penúltima carrera y que el Presidente de la República se hallaba en el Palco presidencial, esperando el Clásico de Año Nuevo, que se correría en la última carrera, en la cual era favorita su yegua Valley Star, exclamó eufórico: Eso es precisamente lo que nosotros necesitamos que haga: que se quede allí chupando con sus amigotes, hasta que nosotros lleguemos y ¡bang ... bang! ... se acabó Remón.

- ¿Qué está usted diciendo, licenciado? -se asustó Hyms- mire que voy a creer que no era broma lo del atentado.

- En lo absoluto. ¿O crees que estoy loco para pagarte 500 dólares, para que nada más nos lleves y nos saques del hipódromo? Pero no te preocupes: si pasados diez minutos después del tiroteo no hemos regresado, podrás irte para tu casa con los 250 dólares que voy a darte apenas lleguemos al hipódromo ... Y ahora vamos donde Feliciano, a tomarnos un par de tragos para entonarnos y hacer tiempo. Tenemos que llegar al hipódromo a las 6:45 de la tarde, cuando hayan terminado las carreras y ya la gente se haya ido.

Hyms y Tejada se miraron consternados. Ninguno de los dos sabía ya cómo salirse del enredo en el que se habían metido, sin casi darse cuenta.

IV

Buenas tardes: amigos y amigas de la hípica. Aquí Radio Mundial y su comentarista designado, Jorge Mendoza, hoy en reemplazo de Atanasiades Figueroa, quien está sufriendo quebrantos de salud, para llevar hasta sus hogares los pormenores de las carreras de equinos, a verificarse hoy domingo en el Hipódromo de Juan Franco, y por una fina cortesía de sus cervezas Atlas, Balboa y HB.

Esta tarde la hípica nacional se viste de gala, ya que se correrá el Clásico de Año Nuevo, por una bolsa de 15.000 dólares. Competirán ejemplares tresañeros de las mejores haras del país. Y como si todo esto fuera poco, la presencia del excelentísimo Señor Presidente de la República, Coronel José Antonio Remón, quién como todos los domingos departe fraternalmente con sus amigos y copartidarios.

Así es que, amigo hípico, si no ha salido aún de su casa, apresúrese, todavía tiene tiempo y encamine sus pasos hacia el Hipódromo de Juan Franco, pero hágalo usando calzados Lucacini, el calzado italiano que distingue.

(Sonido de trompeta anunciando la partida. Cuña Comercial de Calzados Lucacini.)

Amigos de la hípica: nos acercamos ya al momento culminante del programa de esta tarde: la novena y última carrera, que corresponde al Clásico de Año Nuevo, en el

del Señor Presidente de la República, Coronel José Antonio Remón quien, como dijimos, se encuentra desde tempranas horas de la tarde en el palco presidencial, y lo más seguro es

que, como es su costumbre, permanezca allí un par de horas después de concluido el programa,.

Amigos radioescuchas: ya nos preparamos para narrarles las incidencias del acontecimiento más importante de esta tarde: el Clásico de Año Nuevo, a celebrarse hoy domingo 2 de enero de 1955, como un homenaje al ciudadano Presidente, quien desde tempranas horas de la tarde se encuentra en el palco presidencial, acompañado de numerosos amigos y de una mínima escolta. Pero así actúa un Presidente cuando se sabe respetado y querido por su pueblo.

Amigos: después del arrollador triunfo de Valley Star ha habido un ambiente de jolgorio esta tarde en el Hipódromo de Juan Franco. Escuchen ustedes, una vez más, los atronadores sonidos de los petardos con que se festeja este magno acontecimiento.

Amigos radioescuchas: Se oyen gritos de alegría... ¡Al parecer el festejo es en grande por los predios del palco presidencial! La gente ha empezado a gritar llena de entusiasmo. Así le demuestra el pueblo a su Presidente, el agradecimiento que siente, por los días de bienestar y prosperidad que les ha brindado.

Amigos radioescuchas: la gente ha empezado a gritar. Parece que el sonido de petardos, algunos lo han confundido con el de armas de fuego. Muchas de las personas que se hallaban por los predios del Palco Presidencial han salido corriendo asustadas, debido a la intensidad y estruendo de los cohetes y petardos que se han lanzado, para celebrar el Cásico de Año Nuevo. Trataremos de averiguar lo que está ocurriendo, porque muchas personas aún corren precipitadamente. Pero por aquí se aproxima el colega Próspero Tejedor, del Diario La Hora, quien se encontraba

cerca de la tarima principal, lugar de donde la gente, nos informa, aún huye despavorida. Todavía hay mucha confusión e incertidumbre. No sabemos a ciencia cierta lo qué ha sucedido. Trataremos de averiguarlo para informarles. Manténgase en nuestra sintonía.

V

Sentado en el Café Coca Cola, Atanasiades Figueroa rememoró que no estuvo la fatídica tarde del 2 de enero en el Hipódromo de Juan Franco, transmitiendo las carreras, ni luego en el Hospital Santo Tomás, ya que por razones de fuerza mayor había cambiado con su compañero y amigo, Jorge Mendoza, su turno en la emisora. Sí, le había regalado a Jorge la exclusividad de dar la noticia del magnicidio de Remón. Pero no se arrepentía. Sofía de la Piedad había resultado mejor de lo que había pensado. Aunque al principio estuvo un poco melindrosa, haciéndose la de rogar.

Para dar tiempo a que sus compañeros de tertulia llegaran a almorzar, Atanasiades Figueroa se regodeó recordando lo bien que la había pasado con Sofía de la Piedad. Estaba tomandose una cerveza, cuando escuchó que la vecina del cuarto de al lado, quién nada más era miraditas y risitas con él, encendió su radio transistor marca Phillips. Entonces escuchó parte de la transmisión de Jorge.

Minutos después, cuando ya estaban presentes todos los integrantes de la Cofradía de Poetas, se dio inicio a la tertulia. Como de costumbre, la presidía Próspero Tejedor, quien inició la conversación diciendo:

- ¡Compañeros: el asesinato del presidente Remón será la noticia más importante de esta década y cuidado que de este siglo, en la historia de nuestro país.

- Estoy de acuerdo con Próspero -dijo Jorge Mendoza-. La crisis oligárquica que se inició en 1949 y que

parecía habían conjurado con la Era Remón, ahora, muerto éste, vuelve a salir a flote.

- Así es -terció Atanasiades Figueroa apurando un trago de café-. Y preparense para ver la lucha más despiadada e inescrupulosa por hacerse del Poder.

- Como es obvio para el analista político más aficionado -opinó Leonidas Pardo- la muerte de Remón cambia por completo el panorama. Muchos han afirmado que debido a que la Constitución de 1946 le impedía reelegirse, él estaba planeando hacerle una reforma. Yo creo más bien que su estrategia era volver a la Guardia Nacional con un rango superior al de Coronel y luego volver a lanzarse para las elecciones de 1960 ... Y entonces sí íbamos a tener Remonato para rato.

- En cambio ahora -acotó Próspero Tejedor- muerto Remón, quien había acumulado tanto poder que estaba llamado a ser el Somoza de Panamá, otros hombres menos fuertes, podrán ver coronados sus sueños presidenciales.

- Es decir –intervino Jorge Mendoza- ¿tú crees que los responsables de la muerte de Remón son los mismos oligarcas?

- ¡Está clarísimo! -afirmó Próspero Tejedor-. Ésta es una lucha, pero no sólo en el presente, sino y sobre todo en el futuro. Ellos sabían que después de las Elecciones de 1960 Remón no les daría más oportunidad, sino hasta cuando él decidiera retirarse. Y aun así se corrían el riesgo de que dejara a uno de sus familiares. Por eso dije que Remón estaba destinado a ser el Somoza de Panamá.

- Pero este asesinato no pudo haberse cometido a espaldas de los otros tres Comandantes -objetó Jorge Mendoza.

- De acuerdo -aceptó Tejedor-. A mi modo de ver esta fue una maquinación en la que intervinieron muchos intereses y muchas personas, incluyendo algunas muy allegadas al presidente Remón.

- ¿Incluso el Primer y Segundo Vicepresidentes? -preguntó Atanasiades Figueroa.

- Yo creo que Guizado es una figura de transición y que su estadía en la Presidencia dependerá de que no afecte grandes intereses -respondió Tejedor.- Siempre he tenido la impresión de que es un hombre sincero y honesto ... bueno, honesto hasta donde puede serlo un oligarca y un político. Al que sí le tengo miedo es a Dicky Arias. Me parece un hombre taimado y cruel, lo creo capaz de cualquier cosa con tal de saciar sus ansias de poder.

- ¿Tú crees -volvió a preguntar Figueroa- que puede haber algún otro Plan para eliminar también a Guizado, de manera que Dicky ascienda a la Presidencia de la República?

- De estos oligarcas se puede esperar cualquier cosa. Son capaces de vender o traicionar a su mismísima madre, con tal de lograr su cometido.

- Oiga poeta: ¿esas notas que usted nos ha leído sobre Remón, Guizado, Arnulfo Arias y demás especímenes de nuestra fauna política, qué propósito tienen? -preguntó Atanasiades Figueroa.

- Bueno: la verdad es que ahora mismo no lo sé. Al principio pensé escribir un ensayo. Pero todas estas notas, crónicas, capítulos y entrevistas han ido tomando más bien la forma de una novela.

- Es que toda esta historia de traiciones y de Presidentes tumbados, instalados o asesinados parece una novela -acotó Jorge Mendoza.

- El desafío para mí será hacer creíble todos estos hechos que quiero narrar, sin que la gente piense que exagero o que estoy presentando una realidad inverosímil.

- Es que en nuestros países la realidad es mágica -observó Atanasiades Figueroa- y por eso a ustedes los escritores, no les debe costar mucho trabajo escribir. Mira nada más qué clase de personajes son el coronel Remón, Arnulfo Arias, el ingeniero Guizado y los hechos tan tremendos de los que hemos sido testigos en los últimos años.

- Bueno, en eso estoy empeñado -confesó Próspero Tejedor-. En los próximos días empezaré a ordenar, a darle forma a estos apuntes. Y sí, a lo mejor me sale una novela, la novela de Remón.

VI

El Hipódromo de Juan Franco fue escenario este domingo 2 de enero en la noche, de un alevoso asesinato del que resultó víctima el Presidente Constitucional de la República, coronel José Antonio Remón, quién en unión de algunos amigos se encontraba departiendo en el palco presidencial.

Gran aficionado a los deportes y propietario, además, de varios caballos de carreras, el Presidente solía frecuentar tanto el Estadio Nacional, para presenciar los juegos de pelota, como el Hipódromo de Juan Franco, situado en la Vía España, en las inmediaciones de la capital panameña, por lo cual los asesinos que planearon su muerte debieron estudiar muy bien las costumbres sociales y hábitos del Mandatario, quién se encontraba, como ya hemos expresado, departiendo alegremente, ya que en la novena carrera una yegua de su propiedad, había ganado el clásico de Año Nuevo.

Delante del palco en donde estaba el Presidente, levantado casi a nivel del suelo, se extiende en ligero declive un pequeño espacio cubierto de bien cuidado césped. Más allá hay una cerca de alambre ciclón y un seto vivo. Allí, sin lugar a dudas, se apostaron los asesinos y a mansalva, con premeditación y alevosía, dispararon sus ametralladoras.

Parece ser que durante toda la tarde, algunas personas se dedicaron a hacer estallar cohetes, como es costumbre en Panamá durante la celebración de algunas fiestas, por lo cual, la primera ráfaga de ametralladora hizo brotar de labios de uno de los acompañantes del Presidente el siguiente comentario: Vuelven los cohetes.

La siguiente ráfaga produjo la ruptura de algunos vasos y botellas, por lo cual el Presidente, poniéndose de pie, exclamó: ¡Estos no son cohetes, carajo!

Nuevas ráfagas y el Presidente y algunos de sus acompañantes cayeron mortalmente heridos.

No cabe duda de que los asesinos del Presidente habían estudiado con todo detenimiento no sólo las costumbres del Primer Mandatario, sino también las instalaciones físicas del Hipódromo de Juan Franco.

La presencia del coronel Remón en el palco brillantemente iluminado, la cómplice oscuridad de los alrededores y la falta de vigilancia, ya que era característica del Presidente asesinado el confiar plenamente en sus conciudadanos, viéndose con frecuencia en muchos lugares sin escolta alguna; todo esto ofreció a los agresores las condiciones perfectas para llevar a cabo con éxito su siniestro y cuidadoso plan.

Valiéndose seguramente de un automóvil, se acercaron a la pista por la parte posterior de la misma hasta colocarse a muy poca distancia de la víctima que, ajena a todo peligro y bajo una buena iluminación, departía fraternalmente con sus amigos.

Los escoltas, señores Thomas Royal Perry y Hermann Harding, alias Bathling Nelson, se encontraban en una mesa próxima y cuando se produjeron los disparos homicidas y ellos trataron de repeler la agresión, nuevas ráfagas de ametralladora procedentes de un punto diferente, los contuvieron. Esto indica que él o los asesinos se encontraban protegidos por alguien que les cubría la retirada.

Tan pronto cesó el tiroteo y se dio la voz de alarma, aparecieron en el área varias motocicletas y radiopatrullas, las cuales recogieron a los heridos y los trasladaron inmediatamente al Hospital Santo Tomás y a la Clínica San Fernando.

El Presidente fue llevado al primero de los citados establecimientos, en donde se le hicieron varias transfusiones de sangre, se le aplicó oxígeno y se le dieron otros tratamientos de emergencia, pero todo fue inútil: dos horas después –aproximadamente a las 9:30 de la noche– el coronel Remón expiraba.

Según el dictamen de la autopsia, practicada por el forense del Hospital Santo Tomás doctor Juan Miguel Herrera, el Presidente falleció a consecuencia del destrozo que le causó en el riñón derecho y en la aorta abdominal el proyectil que le entró por el costado derecho, sin orificio de salida. La bala magnicida será enviada a la Guardia Nacional para las pruebas de rigor.

Alrededor de las 9:30 p.m. se apersonó al Hospital Santo Tomás el vicepresidente José Ramón Guizado, quién manifestó estar muy conmovido y confundido, ya que aún no sabía a cabalidad qué era lo que estaba ocurriendo.

Al preguntársele por qué no se había presentado antes a este establecimiento médico, respondió que la primera versión que había recibido del atentado era que se trataba de una revolución y que su deber como Primer Vicepresidente de la República, era el de no caer fácilmente en manos de ningún grupo subversivo, pero como hasta el momento ningún grupo se había responsabilizado por el hecho, él había decidido salir (sin protección de ninguna clase, porque no había podido comunicarse con la Comandancia), para informarse personalmente del estado de salud del Presidente.

En ese momento se acercaron un Capitán de la Guardia Nacional y un pelotón de guardias fuertemente armados, quienes rodearon al Vicepresidente en actitud protectora. El Capitán le informó al Vicepresidente que tenían instrucciones de llevarlo a la Comandancia, en donde se encontraban los Comandantes y los Ministros de Estado.

VII

A la 1:59 de la madrugada del 3 de enero de 1955 en presencia de los Comandantes de la Guardia Nacional, los Ministros de Estado, los Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, y representantes del Cuerpo Diplomático acreditado en nuestro país, la Asamblea Nacional se reunió en sesión extraordinaria para realizar la toma de posesión del ingeniero José Ramón Guizado como Presidente Constitucional de la República.

A las 4:32 a.m. de ese mismo día llegó a Panamá de regreso de Grecia, vía Miami, doña Cecilia Pinel viuda de Remón, acompañada del Segundo Vicepresidente de la República, don Dicky Arias, del Director del Banco Nacional, don Henrique de Obarrio y otros miembros de la

Doña Cecilia arribó en un avión especial de la Pan American Word Airways que aterrizó en el Aeropuerto de Albrook Field. Una gran multitud acudió al aeropuerto, pero la Policía Militar Norteamericana sólo permitió la entrada al nuevo Presidente de la República, ingeniero Guizado, miembros del Gabinete, familiares y amigos personales del extinto Mandatario, el Cuerpo Diplomático y Autoridades de la Zona del Canal y de la Embajada de Estados Unidos.

Doña Cecilia se dirigió al Hospital Santo Tomás, en cuyo vestíbulo se encontraba el cadáver del presidente Remón en capilla ardiente. Una vez allí, el padre Herrera, capellán de la iglesia de la Santísima Confesora y amigo personal de la familia Remón, inició un responso en memoria del fallecido mandatario. Una gran cantidad de mujeres -en

su mayoría de las clases humildes- acompañaron a doña Cecilia a rezar el santo rosario.

El Órgano Ejecutivo ha emitido un Decreto por medio del cual se establecen tres días de Duelo Nacional, con motivo del alevoso asesinato del Excelentísimo Señor Presidente de la República, coronel José Antonio Remón Cantera, y a la vez dispone rendirle un homenaje durante los funerales. Todas las oficinas públicas permanecerán cerradas durante tres días y las banderas serán izadas a media asta en señal de duelo.

El Director General de la Caja de Seguro Social cita por este medio a todos los empleados de esta institución para que se presenten hoy a las 4:00 p.m., en la planta baja del

estadista, coronel Remón.

El Sindicato de Periodistas de Panamá aprobó en la mañana de hoy una Resolución condenando el atentado en que perdió la vida el Primer Mandatario y dos personas más.

Según la Resolución, los periodistas asistirán en pleno al sepelio, por lo cual se cita a todos los agremiados de esta capital y del país, para que se reúnan hoy a las 3:00 p.m. en la Casa del Periodista.

VIII

El domingo 2 de enero de 1955, en el Hipódromo de Juan Franco, varias ráfagas de ametralladoras segaron la vida del presidente Remón y dos de sus acompañantes. En la madrugada del día siguiente, en el recinto de la Asamblea Nacional y ante el gobierno en pleno, el ingeniero José Ramón Guizado tomó posesión como Presidente Constitucional de la República. A partir de ese momento se inició la cuenta regresiva de los apenas once días que duró su Presidencia. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué lo defenestraron? ¿Fueron los mismos que asesinaron a Remón? Esta Crónica, al igual que las anteriores, busca encontrar respuestas a estas interrogantes y demostrar que lo sucedido no fue más que una burda e infame usurpación. Nuestros reportes periodísticos los hemos realizado gracias al Diario que, desde la Cárcel Modelo en donde fue recluido el 12 de enero de 1955, empezó a llevar el ingeniero Guizado, el cual pudimos consultar gracias a sus familiares. También en base a entrevistas, indagaciones e informaciones clasificadas a las que hemos tenido acceso, tras de las cuales asoma a cada momento una verdad tan grande como una Catedral: la inocencia del ingeniero Guizado. Pero como si esto no fuera suficiente y debido a lo sonado del caso, pues se trata del hombre que hace apenas unos días ocupaba el alto cargo de Presidente de la República, la Asamblea Nacional ejerciendo espúreas funciones judiciales, se ha visto en la insoslayable obligación de permitir la entrada al recinto parlamentario, hasta completar aforo, a todos los ciudadanos que deseen presenciar el juicio y también permitir su transmisión radial.

A través de este juicio -que más parecía una farsa de ínfima categoría- se ha podido comprobar que, tal como lo señaló un notable Jurista-: "la sentencia condenatoria del ingeniero Guizado ha sido un error judicial de bulto".

El 21 de marzo de 1955 el ingeniero José Ramón Guizado -el cordero inmolado de esta historia- compareció ante sus verdugos. En mi condición de Reportero del Diario La Hora asistí los ocho días al recinto de la Asamblea Nacional para seguir de cerca las incidencias del juicio. Puedo afirmar -con pleno conocimiento de causa- que fue el espectáculo más triste, bochornoso y a la vez risible de que he sido testigo. El Fiscal expuso la tesis del asesinato motivado por el resentimiento y afirmó de manera falaz que la confesión de Rubén Miró en la que implicaba al ingeniero Guizado hacía plena prueba contra éste, cuando el Artículo 2157 del Código de Procedimiento Penal establece esto pero sólo con respecto al asesino confeso.

Los argumentos de los abogados defensores fueron claros y contundentes. Mostraron las inexactitudes, contradicciones y falacias en las que incurrió Rubén Miró en sus declaraciones.

A las 12:45 de la tarde del 28 de marzo de 1955 terminó la audiencia seguida contra el ingeniero José Ramón Guizado por los Diputados de la Asamblea Nacional, en sus novedosas funciones judiciales, y entraron a deliberar a las seis de la tarde de ese mismo día. Siete horas después, tras invocar la asistencia de Dios y presentar unos considerandos enrevesados y por momentos ininteligibles, pasaron a dictar sentencia:

"SE CONDENA al ingeniero José Ramón Guizado a sufrir la pena principal de diez años de reclusión en lugar designado por el Órgano Ejecutivo, menos la tercera parte

de esta condena, quedando reducida a seis años y ocho meses de reclusión; a la destitución del cargo de Presidente Constitucional de la República y a las penas accesorias de interdicción de funciones públicas por el término de la condena, y al pago de los costes y gastos procesales".

Colofón

Próspero Tejedor termina de leer las páginas que lleva escritas y mira el reloj de pared. Van a ser las doce y treinta de la madrugada. Aún no tiene sueño y le gustaría trabajar un poco más, pero es mejor descansar. Este día, 2 de enero de 1970, que ya se inicia, logrará por fin entrevistar al licenciado Rubén Miró, con quien habló hace dos días por teléfono. El controversial abogado accedió a recibirlo a las dos de la tarde en su despacho del barrio de la Catedral. ¿Cuál es la verdad acerca de su irritante personalidad? ¿Qué móviles o motivaciones han estado detrás de cada uno de sus actos o declaraciones? Si lograra hacerle sentir al lector la misma fascinación que él ha venido sintiendo por Rubén Miró, a medida que fue leyendo sus declaraciones, viendo sus fotografías e imaginándolo como personaje novelesco, de ficción. En verdad que todos estos hechos que ha narrado -con sus pequeños añadidos y omisiones- parecen sacados de la mente fantasiosa de un novelista y no de la pura y llana realidad. Por suerte para él y para la novela que está escribiendo, la historia real no ha concluido. Falta la entrevista que por fin, dentro de pocas horas le hará a Rubén Miró.

Son las nueve de la mañana. Como ha sido su costumbre desde hace mucho tiempo, Próspero Tejedor toma su habitual desayuno: café negro sin azúcar, cereal y tostadas. Al terminar baja hasta la esquina de su calle, compra el periódico y entonces ve en la primera plana una noticia que lo impacta:

Encuentran el cadáver del licenciado Rubén Miró en la carretera que va hacia Chepo

- ¡Coño! ¡Se jodió la entrevista!

Si no fuera por este titular bien podría pensarse que Rubén Miró está dormido o simula dormir, acostado en medio de la floresta. Tal es la tranquilidad que muestra su rostro, el cual, incluso, parece esbozar una sonrisa. Es como si aún después de muerto quisiera burlarse de sus asesinos ... Sí, es él: Rubén Miró, el abogado conflictivo, el eterno conspirador de todos los golpes de estado habidos y por haber, el sobrino del poeta nacional Ricardo Miró, el primo hermano del playboy Tito Arias ...

"Se trata sin duda alguna del licenciado Rubén Miró, personaje muy popular en nuestra ciudad. Su cadáver, acribillado a balazos, fue hallado en una cuneta de la carretera que va hacia Chepo, por moradores del lugar. El cadáver se hallaba tendido boca arriba en un lecho de hojas secas. El brazo izquierdo estaba doblado por el codo y cruzaba el cuerpo a la altura de la cintura. El brazo derecho estaba vuelto hacia arriba, la mano descansaba en el suelo, a pocos centímetros por encima de la cabeza y tenía sobre ella una foto de Remón.

Sentado en su sillón favorito, en su cuarto de la Avenida Séptima Central, Próspero Tejedor vuelve a leer el titular y la noticia, aún sin poder creerlo. ¿Qué hará ahora que han asesinado también al licenciado Rubén Miró, único testigo presencial que pudo haber revelado los nombres de los verdaderos culpables? ¿Él, Próspero Tejedor, continuará guardando un silencio cómplice? ¡Claro que no! Ha llegado el momento de terminar su novela.

ÍNDICE

Primera Parte 5

Segunda Parte 33

Tercera Parte 71

Cuarta Parte 97

Colofón 131

JUAN ANTONIO GÓMEZ P.

Escritor panameño nacido en David, Chiriquí. Docente de Español y Profesor Universitario en el C.R.U.S.A.M. Profesor del Diplomado en Creación Literaria, en la Universidad Tecnológica de Panamá.
Coordina el Círculo de Lectura Extramuros, en la Dirección de Cultura, VIEX, Universidad de Panamá.
Becado por la Agencia Española de Cooperación Internacional (A.E.C.I.) en dos ocasiones.
Beca Literaria Pedro Correa Vásques, I.N.A.C.
Ha realizado adaptaciones teatrales de novelas y cuentos de autores panameños y de la literatura hispanoamericana y universal.

Premios Literario:
Primer Premio del Concurso Nacional de Cuento César Candanedo, en 1996.
Segunda Mención Honorífica del Concurso Nacional de Cuento José María Sánchez en 2006.

Premio ADEP de novela corta Ramón H. Jurado en 2006, por la novela: Cuenta Saldada (Panamá, 2007). Ampliada y reeditada en 2010, con el nombre de " Mocedad". Primera Mención de Honor en el premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán 2009, por su obra "La novela de Remón".

Primer Premio del Concurso de Ensayos sobre las novelas " Luna verde" y Gamboa Road Gang" de Joaquín Beleño, 2013.

Facilitador del Seminario taller " De la lectura a la Escritura". (Guía de Aprendizaje para analizar y escribir textos narrativos).

Libros publicados:
El Puente (Con Digno Quintero Pérez, en 1983)
El escritor de ficciones. (1993).
Del tiempo y la memoria. (2001, 2005 ... 2014)
Novelas:
Mocedad (Los años de juventud de Rafael Pérez), en 2010
El poeta del pueblo (Recreación novelada de la vida de Demetrio Herrera Sevillano), en 2011.
El Emperador (Vida secreta del doctor Arnulfo Arias), en 2011.
La novela de Remón. Panamá, 2014. Es su primera obra con proyección internacional.

ISBN 978-9962-5-692-8
9789962056928